

La vision de la gloria lograda por Eurico lleva á su colmo la desesperacion del desconfiado, asáltanle tropas y muere peleando.»

Tal es el argumento de esta obra que, con nuevo ropaje, ha sacado á luz la célebre escritora que se llama Jorge Sand en la república de las letras.

Pasando ahora de nuevo de la apacible esfera de las letras á la agitadísima de la política, tengo que decir que entre todos los nuevos diputados elegidos, se halla uno que ha adquirido, no sin razon, una gran celebridad.

Difícilmente habrá quien no conozca al famoso Puig Llagostera, el cual, con sus cartas denunciando los abusos de las aduanas de España y sus ataques al señor Figuerola, se ha hecho célebre.

Encuentro en el *Cascabel* algunos datos biográficos de este personaje, que viniendo como viene á la asamblea, está llamado á dar malos ratos á los que no anden derechos, y los extracto para que le conozcan mas á fondo todos los que ven en él un carácter fuerte y una voluntad de hierro.

Don José Puig y Llagostera nació en 1835 en Villafranca del Panadés, provincia de Barcelona, á cuya capital se trasladó con su familia dos años despues, y en la cual estableció su padre don Miguel Puig, tipo acabado de la tradicional honradez catalana, una modesta fábrica de hilados de algodón, cuando apenas nacia en nuestra patria la industria algodónera.]

A fuerza de años de trabajo, perseverancia y economía, logró don Miguel Puig reunir cierto capital, con el cual y mediante la asociacion de otras personas de la familia, fundó allá, por el año de 1848, la hoy célebre fábrica de Esparraguera, de la que nos ocuparemos despues.

Durante la construccion de esta fábrica, fué puesto en el colegio de Padres Escolapios de Barcelona, del cual fué despedido tres años despues por turbulento y desaplicado.

Matriculado en la escuela industrial de la misma ciudad, fué durante los tres años de ampliacion de la carrera, el asombro de las cátedras por su desaplicacion, la pesadilla de los catedráticos por sus travesuras, el trastorno del establecimiento por sus turbulencias, y el

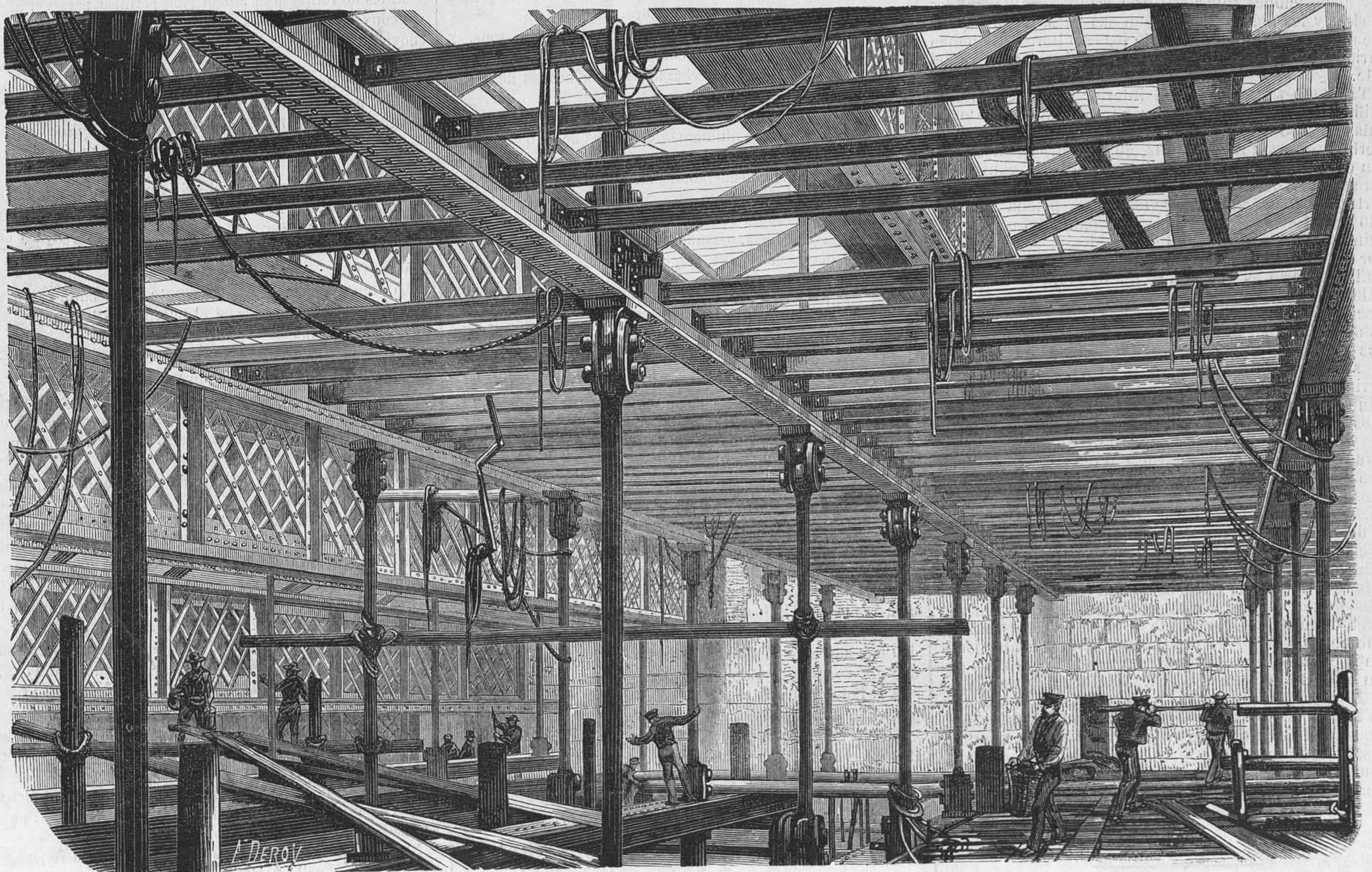


LAS OBRAS DEL NUEVO TEATRO DE LA ÓPERA : Vestíbulo á cubierto para los coches

terror de los barrios vecinos y los municipales por las estupendas correrías y diabluras de las cuadrillas de estudiantes turbulentos de la escuela industrial y de la lonja á quienes acaudillaba.

Ganando, Dios sabe cómo, los cursos con las peores notas posibles, una irresistible tendencia á la vida aventurera le hacia afiliarse voluntariamente como simple peon, y sin sueldo, durante los meses de vacaciones, á los trabajos de proyectos de ferro-carriles á las órdenes de unos ingenieros ingleses, única cosa de estudio por lo que demostró una decidida aplicacion. Ya en las vacaciones de 1854 le fué confiado, por la casa de Bergue, la ejecucion de los planos de un gran trozo de proyecto de un ferro-carril de Barcelona á Gerona por Montmaló y Hostalrich, primer trabajo encargado á su desempeño, por supuesto sin sueldo alguno.

El año 1854, despues de la revolucion, vino á Madrid, matriculado en la enseñanza superior de dicha carrera industrial en el instituto que ocupa la planta baja del ministerio de Fomento. Suspenso ya en el primer año, abandonóla de repente á consecuencia de cierto disgusto, precisamente el mismo dia de enero de 1856 en que terminaban en la escuela de Ingenieros de caminos los exámenes para la admision de auxiliares, á los cuales, consiguiendo ser admitido y sufriendo un exámen tan riguroso como imprevisto, de tal modo satisfizo al tribunal en una ciencia que habia despertado siempre su aplicacion, que fué aprobado con la nota de sobresaliente por unanimidad. Su carácter inquieto y aventurero le empujaba constantemente á una continua movilidad é independencia, por lo cual pidió y obtuvo licencia indefinida para salir del cuerpo, y pasó de nuevo á Cataluña, donde llevado de su entusiasmo y decidida aficion al estudio de los ferro-carriles, se dedicó con un ardor febril á esa inexplicable lucha del genio con la naturaleza, en la cual vence con mas gloria quien con mayores dificultades obtiene un trazado de mejores condiciones por menos capital. Infatigable, duro, trabajador, de ojo seguro y operador exactísimo, salvaba peñas y barrancos, resistiendo, mal calzado y peor vestido, las fatigas de un trabajo exage-



Las obras del nuevo teatro de la Ópera. — El tercer enrejado encima del escenario

rado, los hielos, el calor, la sed y el hambre, sintiéndose tanto mas en su elemento, cuanto mayor era la necesidad del ingenio, las dificultades del pais y la inclemencia del tiempo. La pasmosa exactitud de sus trabajos llegó á ser proverbial en Cataluña, y es de advertir que nunca admitió sueldo, remuneracion ni regalo alguno por su trabajo, contentándose con que se pagaran sus reducidos gastos. Solo en el proyecto del canal de Tamarite, parte del cual tomó por un precio alzado, cambió por dinero su trabajo personal.

Una circunstancia hay que notar aquí, que contribuirá á dar á conocer mejor el tipo singular del hombre que presentamos. Apasionado con exceso á toda suerte de lances y aventuras, sin provocar las cuestiones jamás, pero aceptándolas allí mismo donde se le presentaban, generoso y atrevido, lo mismo enjugaba una lágrima que tiraba una estocada; y al recorrer las diversas comarcas á que le llevaba su vida aventurera, se complacía en reunir á sus órdenes los hombres de peores antecedentes, amoldándoles luego á su carácter y á sus costumbres, de tal manera que logró convertir en hombres útiles, trabajadores y honrados, á grandes criminales, que de otro modo estaban destinados á causar á la sociedad grandes trastornos. Esta rareza le ha originado en algunas ocasiones gravísimos disgustos, pero que no han sido bastantes á corregirle de ella; aun hoy mismo, cuenta en Cataluña con una *escogida* comitiva de criminales convertidos por él en hombres de bien, y en su misma casa tiene la flor de los presidios y de la guerra civil, convertida en gente honrada y pacífica y de su confianza ciega.

Muerto prematuramente su padre en 1863, tuvo por precision que abandonar su vida aventurera y dedicarse al cuidado de sus cuantiosos intereses. En esta ocupacion le halló la revolucion de setiembre, y puede decirse que sin descuidarla, ha prestado grandes servicios á su patria, atreviéndose á decir la verdad, aquí donde todos callan y sufren.

Voy á terminar mi revista con un chiste que ha comedido la *Gaceta*.

Uno de estos dias ha publicado un decreto concediendo una condecoracion á un médico, por servicios prestados á la revolucion. Son palabras textuales.

Hay quien ha dicho al leerlo:

— ¡Malo! si la revolucion se pone en manos de médicos, va á tener pronto necesidad de cirujanos.

Dios sabe lo que sucederá.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de enero de 1870.

El nuevo teatro de la Opera en Paris.

La construccion de la Opera se continúa activamente; las disposiciones interiores casi están terminadas, las piedras y los mármoles están en sus puestos correspondientes, esperando el cincel de los escultores que deben enriquecer la materia bruta con todos los caprichos del arte.

Tal como se halla hoy, el interior de ese gigantesco edificio ofrece ya el aspecto mas imponente: esas montañas de piedra pelada, fantásticamente alumbradas en ciertos sitios con rayos de luz, que en otros se desvanecen en una oscuridad profunda que borra sus contornos, parecen los bordes de abismos sin fondo. Por ambas partes del escenario, la pared se eleva pelada hasta lo alto del edificio: el ojo mide con espanto esa altura vertiginosa de la que no da ninguna idea el aspecto exterior del teatro.

El escenario es enorme, y reuniéndole el salon del baile que está contiguo, llegará á tener profundidades desconocidas hasta hoy, á cuyo beneficio se aumentarán las maravillas del aparato. Vista de ese sitio, la sala parece muy poca cosa, aun cuando la abertura de todas las salidas permita distinguir los vastos corredores de servicio y una parte del salon de descanso.

Inmediatamente encima del escenario, hay tres enrejados sobrepuestos que se apoyan en las paredes laterales, y estos enrejados, enteramente formados de piezas de fundicion, como todo el armazon interior del edificio, formarán el laboratorio de los tramoyistas, estando cortados de la manera mas propia para facilitar la manobra. El enrejado mas elevado, que es el que figura nuestro dibujo, se encuentra á una altura de 60 metros sobre los cimientos. Es el punto culminante del Olimpo.

La entrada de los coches tendrá lugar por el *pabellon de los abonados*. La gente se apeará á cubierto á pocos pasos de una espaciosa rotonda situada inmediatamente debajo de la sala. La orquesta y el patio deseansan en un inmenso roseton de fundicion que forma al mismo tiempo el techo de esa rotonda, en donde los criados podrán esperar á sus amos al abrigo del viento y de la lluvia. La entrada á cubierto es una de las innovaciones mas felices que presenta el monumento de M. Garnier. En cuanto á las disposiciones interiores relativamente á los servicios generales y á la comodidad del público, creemos que el brillante arquitecto ha realizado una verdadera obra maestra.

A. DE L.

Revista de Paris.

Por fin aparece el invierno: en la semana última hemos tenido unos dias de prueba, de siete á diez grados bajo cero, con la circunstancia agravante de un airecillo que invitaba á los mas intrépidos á permanecer en su casa al lado de la lumbre. Y sin embargo, no todos acceden á la invitacion, muy al contrario, hay muchos que aprovechan la deseada ocasion para correr al bosque de Boulogne. ¡Hermoso espectáculo presentan en verdad los lagos con su superficie helada y tersa como un espejo! Los patinadores abundan y ya se habla de esas fiestas nocturnas sobre el hielo que tanto interés excitan entre los parisienses.

Empero, no hay que confiar mucho en la duracion de las heladas: de la noche á la mañana el tiempo cambia, y como ha sucedido otros años, las fiestas en cuestion podrian quedarse en proyecto. No estamos aquí en San Petersburgo, donde el termómetro marca en la actualidad 25 grados bajo cero, y menos en Moscou, donde ha bajado hasta 36, con lo cual seguramente toda el agua que se halla al aire libre se habrá convertido en piedra. En Paris es cosa de veinte y cuatro horas el deshielo.

Afortunadamente, si la diversion de correr patines es tan fugitiva, en cambio los parisienses no se quejarán de que les falta donde pasar distraidos las noches del invierno. Es una sucesion de fiestas verdaderamente inusitadas. Bailes, banquetes, conciertos, de todo esto se habla en las crónicas de la semana.

El archiduque Alberto, que acaba de llegar á la capital, figura en las fiestas mas notables. De dia se ocupa en visitar los establecimientos dignos de verse, y de noche las invitaciones oficiales apenas le dejan tiempo para frecuentar los teatros.

El sábado último el archiduque estuvo en el Louvre, donde le hizo los honores el conde de Nieuwerkerque rodeado de los conservadores de los veinte y cinco Museos que componen esa coleccion, la cual, en su conjunto, no tiene rival en el universo. La friolera de cinco kilómetros es preciso andar para visitar esos museos que encierran tantas preciosidades artísticas.

Los diarios de la semana cuentan cada cual á su manera una deplorable historia que da margen á muchos comentarios, como todo lo que es oscuro y misterioso.

Para comprender bien lo ocurrido se necesita llamar la atencion sobre estos antecedentes:

M. Dupuyparlier, que es el protagonista de la historia, se casó en Lila hace mas de veinte años con la hija del conde Varesquel.

No fué feliz este matrimonio, pues desde que el esposo regresó á Francia despues de la campaña de Crimea, ha pasado su vida defendiéndose lo mejor posible de los pleitos que le puso sucesivamente su señora.

El primero tuvo por objeto la separacion de cuerpos, y tanto los tribunales de Paris como varios de las provincias, debieron pronunciarse y rechazaron las demandas de la esposa.

No se dió, sin embargo, por vencida porque habia salido mal en esta lucha, y últimamente, á fines de 1869, no pudiendo ya pedir su separacion de cuerpos, esta señora, que posee una fortuna considerable, pidió separacion de bienes.

Pero hé aquí que en esta otra cuestion tambien los jueces dan la razon al esposo contra la esposa y al otro dia de pronunciada la sentencia, cuando el tribunal acaba de decidir que M. Dupuyparlier debe ser cabeza de casa, atestiguando así que se halla en plena posesion de su inteligencia, se encuentran médicos, de los llamados alienistas, los cuales certifican que ha perdido la razon, y con su certificado le encierran en una casa de locos.

M. Dupuyparlier cuenta así el rapto de que ha sido victima.

Estaba en vísperas de salir de Paris para ir á vivir en el Limosin, que es su pais natal, lejos de su esposa, á quien solo pide el olvido, el completo olvido, cuando el 27 de enero se presenta en su casa un desconocido, quien habiendo llegado á saber que trataba de deshacerse de sus muebles, viene á verlos.

Con efecto, le introducen en las habitaciones, examina el mueblaje, ofrece un precio, y queda medio convenido el trato; pero antes de cerrarle definitivamente, el visitante manifiesta el deseo de pedir el parecer á su señor padre político que, segun dijo, le hacia el favor de adelantarle los fondos.

Nada mas natural: M. Dupuyparlier y el desconocido se dan una cita para el dia siguiente por la mañana en un restaurant, donde almorzarán juntos.

A la hora prefijada, el padre político, el yerno y M. Dupuyparlier se sientan á la mesa.

Llegan los postres, y cuando el convidado toca á la cuestion que ha motivado el almuerzo, á lo que él creia, resulta que el padre político y el yerno no tienen dinero suficiente para pagar la cuenta de los muebles.

— Nos faltan 50 francos, dicen, ¿cómo lo haremos?

Entonces suplican á M. Dupuyparlier que les acompañe á su casa.

— Vamos allá, señores.

Con efecto, piden un carruaje, y á poco rato de estar sentado en él, M. Dupuyparlier se duerme con un profundo sueño.

Sin duda le dieron un narcótico.

De todos modos, lo cierto es que cuando se despierta, viene á encontrarse en la casa de locos de Charenton.

Al saberlo pregunta por qué motivo le han llevado allí, y le responden diciéndole que está loco.

— ¿Y qué pruebas hay para encerrarme á mí en esta casa?

— La certificacion de los médicos.

Y violentamente le despojan de sus vestidos, de su dinero y papeles; por fuerza le lavan, por fuerza le dan otras ropas, le encierran y le dejan entregado á sus meditaciones ó á su desesperacion.

Al cabo de algunos dias llega á noticia de sus amigos su desaparicion.

Uno de ellos corre á Charenton y pide explicaciones.

— ¿Por qué está aquí M. Dupuyparlier?

— Porque lo ha pedido su familia.

No hay réplica posible: parece ser que la ley lo manda así. Pero el amigo en cuestion no cayó entonces en que el preso carece de familia, ó por lo menos, que los únicos parientes que tiene, una prima y dos sobrinas, que habitan la una en el Limosin y las otras en Argelia, ignoran aun lo ocurrido.

Despues de hacer estas reflexiones el amigo, vuelve á Charenton, bien resuelto esta vez á no contentarse con respuestas vagas.

— ¿En dónde está el director? pregunta.

— Se halla ausente.

— ¿Y el médico mayor?

— Ha salido.

Finalmente, á fuerza de insistir obtiene que le reciba el interno de servicio.

— Para que M. Dupuyparlier haya podido entrar aquí, ha sido preciso que haga la peticion por escrito alguna persona. ¿Quién la ha hecho pues?

— Su señora.

— Está muy bien.

Y comprendiendo toda la gravedad del asunto, el amigo en cuestion se despidió diciendo que daría parte á la justicia.

Ya se retiraba, cuando se encontró con el médico mayor que tuvo á bien recibirle.

Mas circunspecto que el interno, el facultativo despues de reconocer que desde que se halla en la casa M. Dupuyparlier está tranquilo, dijo, sin embargo, que él le cree enfermo.

— Perfectamente, responde el amigo; pero ahora lo que me interesa á mí es saber el nombre de la persona que ha pedido su admision.

— Eso corresponde á la administracion, replica el médico, no es cosa mia, sino del director.

Antes de retirarse el amigo pide permiso para ver al preso, conversá con él mas de una hora, y se despide con la conviccion de que se halla en el goce cabal de sus facultades intelectuales.

En esta entrevista, en la que contó los pormenores de su prision, que son los que preceden, M. Dupuyparlier no acusó á nadie, ni á su señora, ni á los médicos, lo único que dijo es que le sorprendia que tales cosas pudiesen efectuarse legalmente.

Tal es la cuestion que ocupa á la prensa. ¿Esa ley á cuyo beneficio una familia puede desprenderse tan fácilmente de uno de sus miembros, debe subsistir en su espíritu y en su letra ó bien ha llegado el dia en que se hace necesaria una reforma?

La prensa considera que el asunto es bastante grave para que se trate cuanto antes en el Cuerpo legislativo.

Se habla mucho de elecciones académicas.

A los sillones que hay vacantes tenemos que añadir los que ocupaban M. de Pongerville y el duque de Broglie.

M. de Pongerville ha fallecido á los ochenta y siete años, en la misma edad que M. Viennet, el decano de los decanos, el que verdaderamente pudo creerse inmortal entre los inmortales.

La generacion actual apenas conoce ni aun de nombre á M. de Pongerville.

Allá por los años de 1822 ó 1823 publicó una traduccion en verso de *Lucrecia* que fué muy aplaudida y que le abrió las puertas de la Academia, y esto es todo lo que podemos decir sobre los antecedentes literarios del finado.

Los que le trataban dicen que era el hombre mas afable, mas benévolo y servicial que puede haber en el mundo.

Muchas veces hemos tenido ocasion de encontrarle en el pueblecillo de Nanterre, en las inmediaciones de Paris, y hemos podido ver que le querian y respetaban como á un patriarca.

Su salon de Paris tuvo fama en tiempos remotos ya, porque en él se reunian las notabilidades literarias y artísticas de la época.

Con pocos dias de diferencia bajó tambien al sepulcro el duque de Broglie, tambien á una edad muy avanzada, puesto que habia cumplido ochenta y cinco años.

Hace tiempo ya que el duque de Broglie vivia retirado en su casa de la calle Solferino, olvidado de todo el mundo, fuera del círculo de sus amigos íntimos.

Los Broglie, de origen italiano, hace muchos años que estaban en Francia, adonde llegaron en tiempo de Mazarino.

En el primer Imperio fué diplomático, y en tiempo de la Restauracion par de Francia.

Por este tiempo se casó con Albertina de Stael, hija de madama de Stael, que llevó en dote una cantidad considerable.

Tanto el duque como la duquesa consagraron una gran parte de su vida y de su fortuna á obras filantrópicas.

La duquesa murió en 1838, dejando en Paris una memoria que dura todavía: la llamaron una Corina religiosa y de ideas liberales.

Si de M. de Pongerville no hemos podido citar mas que una traduccion que le sirvió de titulo para penetrar en la Academia francesa, de M. de Broglie no conocemos escrito ninguno que haya brillado en la literatura; pero sabido es que la docta asamblea recibió en su seno á todas las ilustraciones, y que no desdena las de carácter político, antes al contrario, hay ocasiones en que son las que se aceptan con mas gusto.

¿Sucederá esto mismo en las elecciones que se preparan? ¿El espíritu de oposicion sistemática de que ha dado tan repetidas pruebas la ilustre corporacion, vencerá esta vez tambien á los merecimientos literarios?

Lo sentiríamos, porque entre los nombres de candidatos que circulan hay dos que deberian obtener todos los sufragios.

Cuéntase que instado hace ya tiempo Alejandro Dumas hijo para que hiciera las visitas de ordenanza, contestó que no solicitaria entrar en la Academia mientras su padre no pudiese votar por él.

Era decir que renunciaba á la casaca de las palmas verdes.

Pero en el dia parece ser que ha variado de opinion, pues su nombre aparece en las listas, así como el de Teófilo Gautier representando en lo que tienen ciertamente de mas elevado, el uno el teatro moderno y el otro la critica teatral contemporánea.

Ignoramos hasta qué punto cuentan con probabilidades de triunfar estos dos candidatos.

Carecen de interés las novedades teatrales de la semana. Unicamente en el Ateneo, un nuevo teatro lírico de último orden, se ha dado una ópera que ha ocupado á la critica parisiense.

Esta partitura es de Verdi, y completamente desconocida en Paris. Se estrenó en Londres hace años ya con el titulo de *I Masnadieri*, y aunque la cantaban artistas eminentes, su éxito fué desgraciado. No sabemos si le habrá tenido mejor en Italia.

En francés se titula les *Brigands*.

En un teatro de tan reducidas proporciones como es el Ateneo, esta ópera en cuatro actos, que aunque escrita por el maestro en los tiempos en que todavía no habia dado á luz las que le han dado tanto nombre en el mundo, tiene ya todo el corte de sus grandes producciones lírico-dramáticas, produce contrastes chocantes; pero sin embargo, como se destaca á tanta altura sobre las obras monótonas del repertorio francés corriente, se aplaude, y será por cierto una buena fortuna para el teatro.

Algunas piezas demuestran ya esa energía que ha dado tanta vida al *Trovador* y á *Rigoletto*.

La critica se muestra bastante hostil, porque esta introduccion de Verdi en todos los teatros líricos franceses, la Grande Opera, el Teatro Lírico, y ahora el Ateneo, no puede menos de ser funesta á los compositores nacionales.

Pero á esto contestá el empresario del Ateneo, que él no tiene un teatro subvencionado, y se ve en la precision de apelar á las traducciones, en razon á que le dan mejores entradas que las originales, refiriéndose al gran éxito que obtuvo *Crispino y la Comadre*.

El argumento no tiene réplica.

La ejecucion de la ópera de Verdi es inmejorable.

La señorita Marimon, y los señores Jourdan, Arsandana y James, interpretan perfectamente esta partitura, cuyo libretto está tomado del drama del mismo titulo, de Schiller.

En los Italianos se anuncia para el jueves próximo la primera representacion de *Guido é Ginevra*, ópera de Halevy, escrita tambien hace años. Si la funcion no se retrasa, como sucedió ya la semana última, en nuestra próxima revista daremos cuenta á nuestros lectores del resultado.

Entre los grandes conciertos que ha habido en estas últimas noches, es digno de citarse particularmente el que la sociedad italiana de beneficencia dió el martes último en la sala Hertz, brillantemente adornada.

El programa no podia ser mas seductor: era la Misa de Rossini, cantada por las señoras Alboni y Battu, y por los señores Gardoni y Menu, con los excelentes coros de Vervoitte.

El efecto que hizo en la escogida y numerosa sociedad que llenaba la sala Hertz, fué el mismo que produjo en el Teatro Italiano. Entonces dijimos á nuestros lectores nuestra humilde opinion sobre la obra póstuma del ilustre maestro, y por lo tanto, nos limitaremos á indicar aquí que la ejecucion de la Misa, en la noche del martes, no dejó absolutamente nada que desear á los aficionados.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á SU MEMORIA.

Ángel consolador ¿dónde te has ido?

QUINTANA.

¡Dejadme á su memoria en himno triste
Alzar de mi dolor la honda querella!
Yo verteré mis lágrimas por ella
Para endulzar mi mal:
Con la luz moribunda de la tarde
Elevaré mi férvida plegaria,
Junto á la humilde tumba solitaria
Donde reposa en paz.

¡Ay! para siempre se apagó en sus ojos
El brillo delicado y trasparente,
Se heló su corazón, cubrió su frente
La eterna palidez:
No tuvo en banquete de la vida
Ni rosas, ni jazmines; solo flores
Marchitas y de fúnebres colores
Para ceñir su sien.

Si alguna vez en el mas blando sueño
Que halagó vuestras horas de ventura,
Ideásteis una virgen triste y pura
De hechizo angelical;
Si os volvió con amor los dulces ojos,
Si os dirigió palabras de consuelo:
¡Podreis entonces comprender mi duelo,
Sabreis cuánto es mi mal!

Llorad conmigo, los que habeis perdido
La bella imágen de un celeste encanto:
¡Cuánto la amaba en mi cariño! ¡cuánto
La lloro en mi afliccion!
Fué un amor fraternal el que me unia;
Es un dolor de hermano el que me hiere:
Dolor profundo, amor que nunca muere
Velan mi corazón.

¡Cuántas veces, oh Elisa, mis delirios
En hermosa ilusion me fingen verte!
¡A través de las sombras de la muerte
Te miro sonreír!
¡Oigo tu voz, escucho tus suspiros
En las trémulas alas de los vientos;
Cual música divina tus acentos
Resuenan junto á mí!

¡Oh! ¡no te alejes, ilusion del alma;
Celeste aparicion, vuelve á la vida!
Dulce rayo de luz, virgen querida,
¿Por qué á ocultarte vas?...
¡Yo velaré tu sueño solitario,
Yo regaré con lágrimas tu losa!
Duerme en paz en la tumba silenciosa,
¡Oh, Elisa, duerme en paz!

EL ARTISTA.

(Á DON JUAN RISSO.)

¡La luz del genio lo alumbra,
Tiende al espacio su vuelo,
Y, águila audaz, en el cielo
Va á beber su inspiracion!
¡Siente el trueno que retumba;
La recia tormenta brama;
Del fuego sacro la llama
Se enciende en su corazón!

¡Tal el alma del artista!
¡Vedlo!... ¡En su pupila ardiente
Ya implora el triste inocente,
Ya maldice el criminal;

Al traidor amigo asesta
El puñal que rasga el seno;
Ó á las desdichas ajeno,
Rie y duerme en dulce paz!

¡La ambicion su frente anubla,
La codicia su alma agita;
El furor le precipita
Y se siente estremecer:
Pálido, al atroz empuje
Corre de insensato orgullo,
Ó se desmaya al arrullo
De la voz de una mujer!

¡Le acaricia el rumor grato
Del mar que duerme tranquilo,
Pide á los valles asilo
Y suspira con dolor!
¡Busca una mujer sublime
Que sufra con sus dolores,
Y la corona de flores
Y languidece de amor!

¡Cuán fácil el noble genio
A la pasion se doblega!
¡Ya es un ¡ay! que apenas llega,
Ya una inmensa maldicion!
¡Artista, brilla en tu frente
De Dios el altivo aliento;
Y es grande tu pensamiento,
Sublime tu corazón!

Cuando tormentas de aplausos
Te cercan en roncós sonos,
Y cien fuertes conmociones
Sientes en tu pecho hervir,
¡Cuán gratas esas tormentas
Resuenan dentro de tu alma!...
¡Cojes temblando la palma
Quo va tu frente á ceñir!...

¡Poeta, como el poeta
Que inspirado finje y crea,
Tú le das cuerpo á su idea,
Y á su mentira verdad!
Merced al arte divino
Y al genio de la armonía
Le das, como él, poesía
A un mundo que es ideal.

¡Grábese en mármol el nombre
Del que, rival de Dios, crea;
Del que concibe la idea,
Del que le da forma y voz!
Porque el nombre del poeta
Al del artista va unido,
Que el aplauso recibido
Une el nombre de los dos!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Las demoliciones de Luxemburgo.

Antes de los sucesos de 1867, Luxemburgo era una de las mas antiguas y notables fortalezas de Europa, despues de Gibraltar; era el único punto de apoyo para atacar á la Francia por el Moselle, y por otra parte, era la llave de la Alemania.

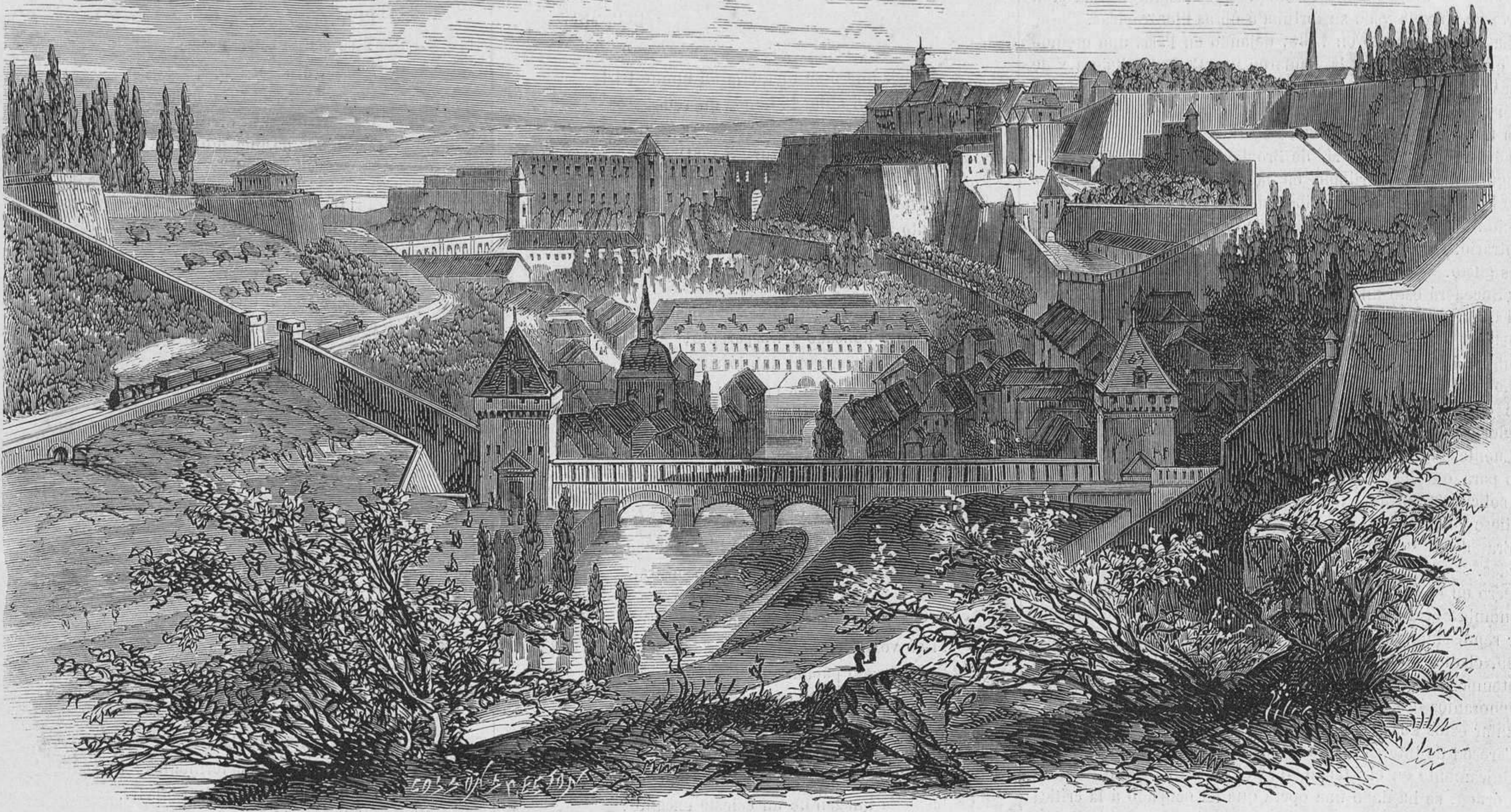
Mas de nueve siglos se han necesitado para poder construir el conjunto de las obras de defensa que están destruyendo hoy.

Hasta 1867 la ciudad no tenia mas de 600 metros de larga sobre 400 de ancha, y á pesar de esa escasa superficie, habia adquirido una grande importancia, gracias á su posicion estratégica y á sus gigantescas obras.

Solo el lado del sudoeste al nordeste se halla exclusivamente fortificado por los ingenieros militares, y tiene el mismo nivel que los terrenos de la llanura.

En esta última parte se han aglomerado los reductos, bastiones y fosos, y por consiguiente, solo aquí se han emprendido las demoliciones de las obras desde la salida de la guarnicion prusiana, segun se puede ver por nuestros dibujos. Las obras mas formidables han desaparecido como por encanto.

Con la nivelacion de estas obras la ciudad adquiere terrenos inmensos, que muy luego compensarán las pér-



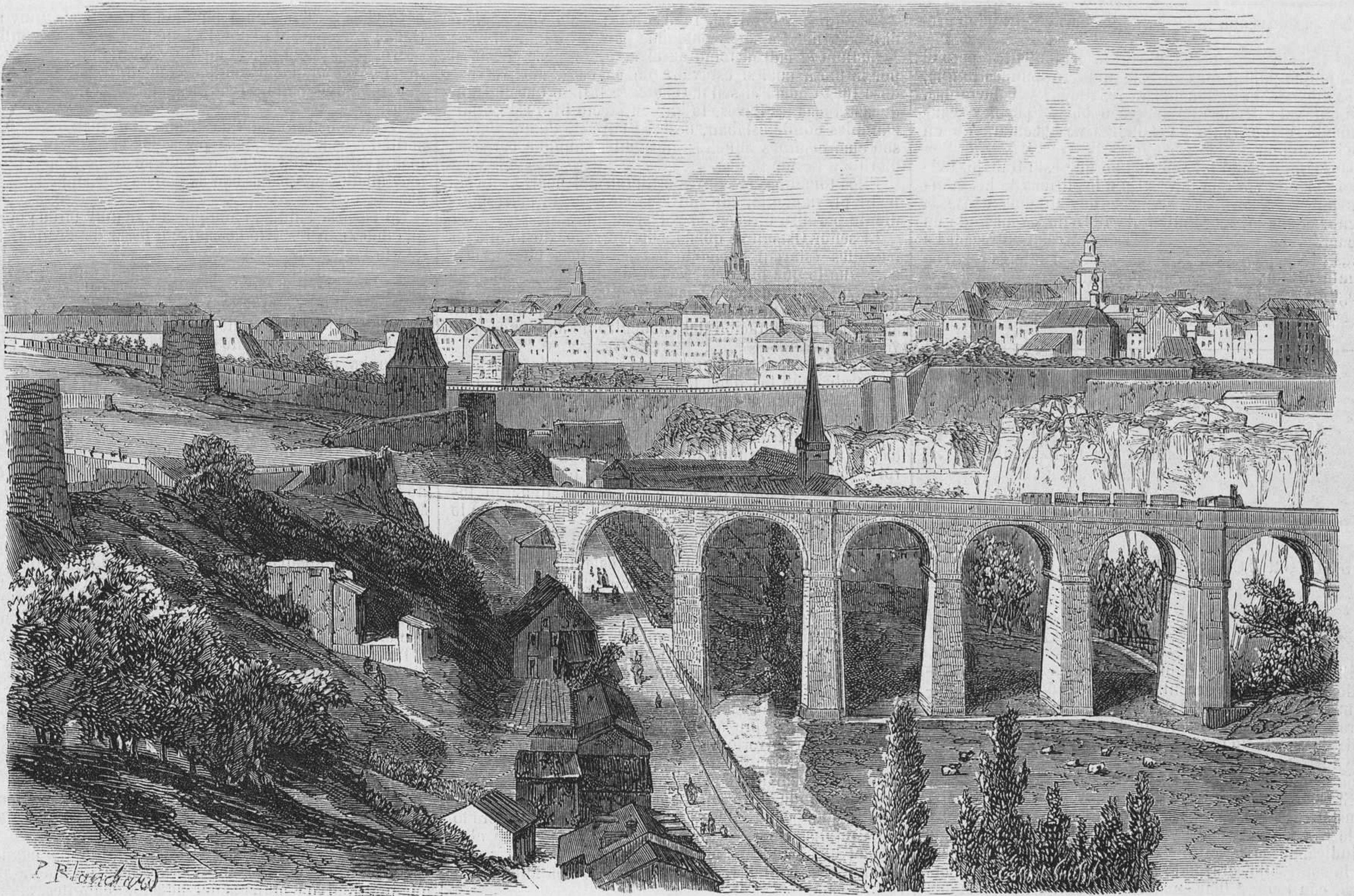
LUXEMBURGO. — Aspecto de la ciudad antes de las demoliciones. Vista tomada del camino de Eich.



DEMOLICIONES DE LUXEMBURGO. — Nivelacion del primer recinto.

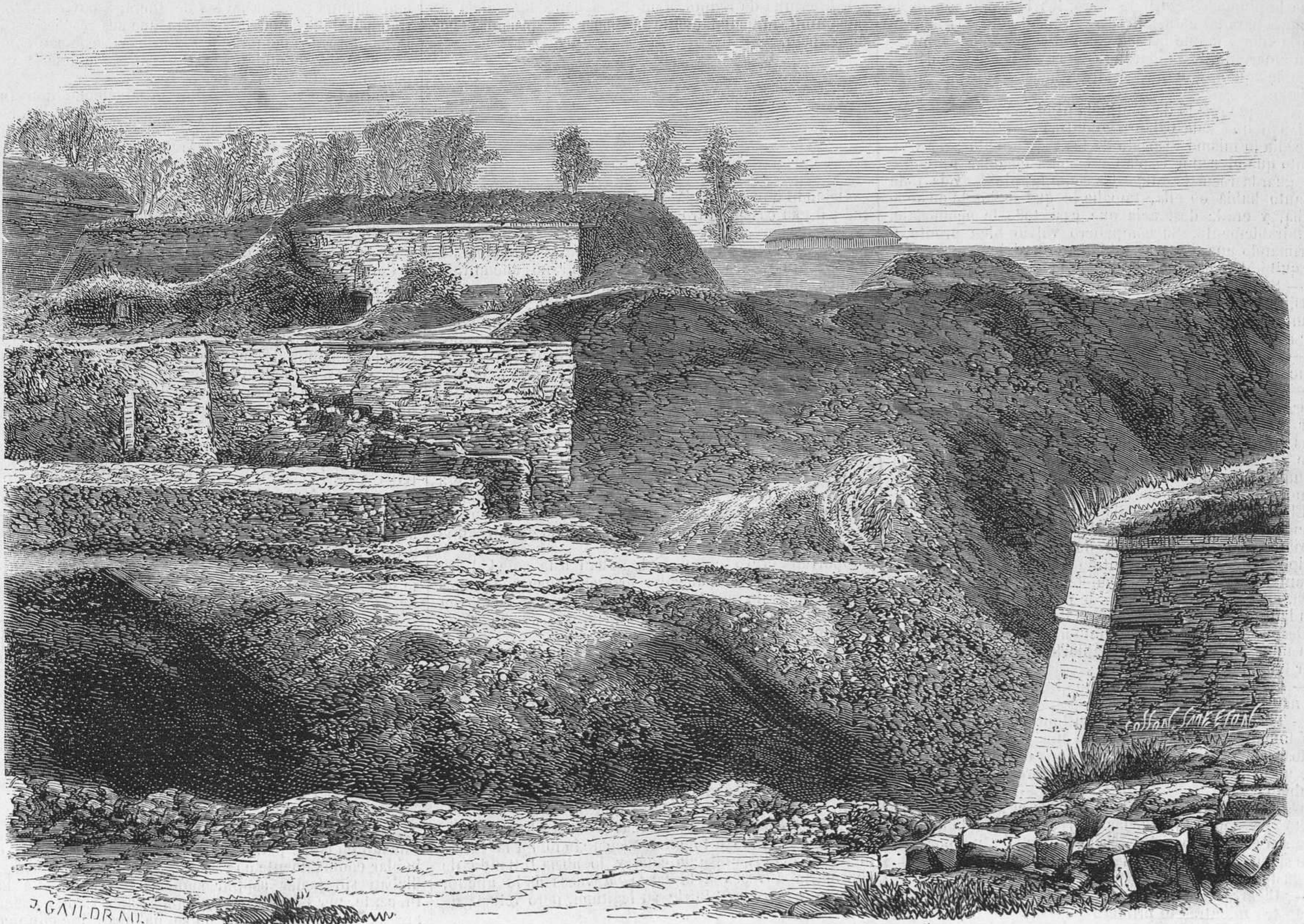
P. B. Blanchard

ANIMADO CRISTO



P. Blandin

LUXEMBURGO. — Aspecto de la ciudad antes de las demoliciones. Vista tomada de Clausen.



collon, G. et C.

J. GAILLARD

DEMOLICIONES DE LUXEMBURGO. — Destruccion del Cavalier Comus.

didadas que ocasiona la salida de la fuerte guarnición prusiana.

El trabajo de demolición avanza lentamente; pero el dibujo que publicamos en este número demuestra que, sin embargo, ha producido ya resultados considerables. Las obras de defensa desaparecen poco á poco, y seguramente el convenio de Londres se ejecutará de un modo completo.

Observaremos al mismo tiempo que este trabajo, exigido por un acto que lleva al pie las firmas de las grandes potencias europeas, se hace hoy sin que cause la menor emoción. El conflicto de 1867 no es más que un recuerdo. La Francia y la Prusia parecen entregadas á otras preocupaciones. ¿Se despertará el interés relativamente al Luxemburgo? El porvenir responderá á esta pregunta.

A. B.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

El señor Osman se había quedado en la casa entregado á ocupaciones urgentes, y acompañado solo de algunos criados que poco á poco se fueron saliendo, ya para ir á pasearse, ya para ir á conversar en la vecindad; de suerte que á la seis de la tarde que llamó para que le trajeran luz, no había en la casa más que la vieja cocinera.

El estaba tan contraído á su ocupación que esta circunstancia no le llamó la atención. Mas á eso de las siete oyó abrir la puerta de la calle y sintió pasos que le indicaban haber entrado bastantes personas; pero esto no lo sobresaltó, creyendo fuesen algunos amigos: empezó, con todo, á fijar su atención al oír en seguida que atrancaban las puertas y que subían con cierto misterio.

Iba á asomarse á la puerta de su cuarto cuando se le presentaron los ladrones embozados en sus ruanas largas y con puñal en mano: él retrocedió como para buscar con qué defenderse, pues no tenía en la mano más que la pluma de escribir; pero los ladrones sin darle tiempo para tal cosa, lo rodearon en el acto, lo sentaron en la silla á la que las señoras y don Juan lo encontraron amarrado, le vendaron los ojos y quedándose con él uno de aquellos, se fué el otro á hacer lo mismo con la criada.

Ni el que quedó de centinela ni el señor Osman articulaban una sola palabra mientras el otro volvía: no sucedía lo mismo respecto de los movimientos, pues en tanto que el señor Osman no podía ejecutar ninguno, su guarda recorría muy despacio la pieza, veía todo cuanto había en ella, tomaba lo que mejor le acomodaba, y era la desgracia que casi todo le acomodaba admirablemente. Su compañero volvió bien pronto, y arrimando una silla, se sentó al frente del señor Osman, se quitó el sombrero y le dirigió la palabra.

— Señor, le dijo, tenga Vd. la bondad de dispensarnos, aunque nosotros no tratamos de molestarlo, ni venimos, gracias á Dios, á cometer ningún delito ni á faltar al respeto que Vd. se merece.

— Lo celebro, dijo el señor Osman, y espero que entonces tendrán Vds. la condescendencia de soltarme.

— Tanto así, no, señor; no fuese á suceder que le diera á Vd. la tentación de faltar al respeto que nosotros por nuestra parte merecemos. No hemos venido aquí más que á una friolera, y todo consiste únicamente en que Vd. se sirva darnos su dinero, dispensándonos la franqueza; porque el nuestro se ha concluido y necesitamos ahora con mucha urgencia.

El señor Osman no podía adivinar si estos hombres además del intento de robarle, tenían también el de burlarse de él con el mayor descaro: mas su duda se disipó cuando habiéndolo sentido que su interlocutor se levantaba, se acercaba al bufete y tomaba allí alguna cosa, advirtió que era la caja de polvo, pues oía que los dos ladrones sorbían uno en pos de otro.

Después el director le presentó al mismo señor Osman con mucha gravedad la caja abierta, invitándolo á tomar también un polvo.

— ¿Cómo puede tomarlo, dijo el otro, si tiene atadas las manos?

— Tiene Vd. razón, yo soy un tonto.

Y tomando él mismo entonces una narigada de tres dedos, comenzó á aplicarla á la nariz del señor Osman, que mal de su grado, se vió en la precisión de sorber también.

— Usa Vd. muy buen rapé, decía el ladrón; y por cierto que debe Vd. quedar muy satisfecho de que su rapé sea elogiado por dos peritos rapiegos: yo por eso elijo siempre para ir á tomar un polvo las casas de mejor gusto.

— ¿Cigarro no usa Vd., mi apreciable señor? preguntó el otro mientras el primero guardaba la caja en el bolsillo.

— Aquí hay cigarros, repuso este: tome Vd., enciéndale al señor Osman y encienda para mí también.

Cuando el ladrón tomó su cigarro, se puso á pasear por la pieza cual si estuviera en su casa. Mas volviéndose luego hacía el señor Osman le intimó que le franquease todas las llaves, lo que en efecto hizo este, indicándole donde estaban, deseoso tan solo de que se fuesen cuanto antes aquellos insolentes, aunque cargasen con todo lo que poseía.

Ellos tomando las llaves salieron del cuarto, no sin pedir previamente, con burlesca cortesía, el correspondiente permiso ofreciendo volver cuanto antes.

El señor Osman se quedó solo sin saber de lo que los ladrones estarían haciendo por las demás piezas, otra cosa que lo que le revelaba el ruido que hacían alternativamente los muelles de las cerraduras que se abrían, y las risotadas de gozo en que á cada paso prorumpían aquellos en celebración del encuentro de alguna cosa de valor.

Este ruido se iba alejando poco á poco, y los ladrones penetraban en los departamentos interiores, donde no omitieron registrar igualmente la despensa, cuya llave tomaron de la cocinera.

Allí encontraron vino, bizcochos y otras tantas viandas de refresco, de todo lo cual arreglaron un gran charrol y tomando unas botellas de vino se presentaron con todo esto en la pieza del señor Osman, lo hicieron tomar y aun lo obligaron á brindar por los mismos que lo obsequiaron.

En seguida se dirigieron á la antesala, que era un corredor ancho donde había varios asientos y una mesa redonda en la que colocaron el refresco, llevando después al señor Osman del lazo con que estaba atado para sentarlo entre ellos á la mesa.

Estaban refrescando muy contentos cuando oyeron en la puerta los golpes de Emilio, que como se dijo antes, vino á su casa y no habiéndole contestado se fué á buscar la policía. Los ladrones manifestaron entonces al señor Osman que seguramente le llegaba una visita que ellos no estaban preparados á recibir, y que por tanto era necesario volverlo á su cuarto y que se les facilitase modo de ocultarse.

El señor Osman fué efectivamente conducido otra vez á la silla donde volvieron á amarrarlo, recogiendo luego todo lo que podían llevar. Después de haber esperado largo rato para poder salir con seguridad, á que se alejase el que había golpeado, se despidieron del señor Osman y se fueron á tiempo que llegaba la familia, como se ha visto.

Cuando este señor estaba haciendo la narración de tal acontecimiento, llegó Emilio con la policía. Don Juan le comunicó que había reconocido á uno de los ladrones que lo era el Mordedor, y que sabía muy bien que este tenía su habitación y probablemente su guarida, por le ermita de Egipto. Con estos datos la policía se encaminó inmediatamente á hacer la pesquisa por aquel lado.

IV.

SANTIAGO.

Dejando don Juan á la familia del señor Osman, se fué para su casa y entró á su cuarto, tropezando antes en el corredor con algunas maletas y otros muebles de equipaje que por todas partes estaban esparcidos. Al poner la luz sobre la mesa de escribir no encontraba donde colocarla, pues entre los libros y varios papeles, se veían además, las ruanas de Santiago, una baliña todavía cerrada que parecía contener muchas cosas según su repleción, por la que se infería fácilmente haberse abusado mucho de su estrecha cabidad; y otros cuantos objetos semejantes, cuya vista le trajo á la memoria la idea de Santiago, haciéndole sentir una viva pena de no hallarlo allí, pues en efecto no había regresado.

Don Juan por esta razón determinó pasar todavía esperando á su huésped algún tiempo más, durante el cual no hallando en qué entretenerse, recordó que era necesario arreglar algunas de las cosas que le había indicado serle necesarias para presentarse decentemente en la ciudad, entre las que eran las más urgentes una capa y un sombrero.

Oportuna creyó entonces don Juan esta soledad casual, que le permitía acicalar artificioosamente aquellos objetos antes de que Santiago los viese en el estado en que debían encontrarse, no el mas propio sin duda para lisonjear la vanidad de un joven.

Tenia costumbre don Juan de ir arrojando debajo de la cama los sombreros que dejaban de servirle, no precisamente por el estrago del tiempo sino por terminar la moda á que pertenecían, particularmente en la época en que su dueño había sido petimetre.

Este los sacó de allí todos esa noche, los cepilló con esmero y aliñó lo mejor que pudo el menos usado; pero en consecuencia también el mas antiguo, pues databa desde los días del refinamiento modista de don Juan.

No quedó con todo esto todavía satisfecho del sombrero, y volviendo á tomarlo y acercándolo á la luz le metía las manos entre la copa y lo abría tratando de ahormarlo á veces á lo largo, á veces á lo ancho, hasta que logró restituirle su legítima, pero vetusta figura.

Luego se ocupó en aliñar con no menos trabajo una

capa vieja perteneciente también á una moda muy antigua; y después de haberle sacudido detenidamente el polvo, tomándola por el cuello y alzando el brazo frente de la luz se quedó contemplándola largo rato, en el que probablemente se le atropellaron muy viejos recuerdos.

Algun apóstrofe patético dirigió don Juan en aquella actitud á esta capa, si se juzga por el aspecto jocosa-mente sentimental que manifestó su fisonomía y por el movimiento que hacía con la cabeza abriendo tamaños ojos.

No parecía Santiago aunque era ya muy tarde; por lo que don Juan resolvió acostarse á pesar de la inquietud que lo molestaba.

Al día siguiente después de haberse levantado se asomó á la ventana á ver si venía su huésped, suponiendo que cualquiera que fuese el acontecimiento que lo había obligado á pasar la noche fuera de su casa, trataría de volver á ella temprano; en esta confianza don Juan demoraba el almuerzo y el tiempo se pasaba, pero el huésped no venía.

Al cabo de mucho, cuando ya había abierto mil veces la ventana y vuelto á cerrarla, se le presentó un agente de la policía trayéndole una carta. Don Juan la abrió con suma inquietud y leyó lo siguiente:

«Estoy en la cárcel, mi querido don Juan, y por eso no he podido ir anoche á casa, á pesar de la pena que sentía por las molestias que involuntariamente le estaría causando. Tengo mucho que hablarle y deseo se sirva venir cuanto antes á ver si puede conseguir que me saquen inmediatamente de aquí. Me han confundido entre una turba de presos intolerables; y como según se me ha anunciado debo comparecer hoy ante el juez, al que querría presentarme en traje mas decente que el que tengo en la actualidad, espero me haga Vd. el favor de proporcionármelo enviándomelo, si es posible, con el portador, en el caso que Vd. crea que es hombre de bien.»

Don Juan quedó sorprendido de un lance tan imprevisto, cuya causa no podía imaginarse; mas no logrando obtener del agente de la policía ningún informe que lo instruyera, lo despidió enviando á Santiago la encomienda del sombrero y de la capa; y lleno de confusión hizo servir el almuerzo, que le fué bien triste, porque ya había concebido la esperanza de tener á su mesa un amigo.

Poco después se fué para la cárcel, en la que cuando llegó estaba el rastrillo ocupado del lado de afuera por una multitud de mujeres del pueblo, guarantes, alguaciles y soldados, formando todos un grupo tan unido y bullicioso que no podía penetrarse; por el lado de adentro estaban agolpados sobre los agujeros de la reja mas de veinte y cinco presos, todos de ruana, con sendos pañuelos en la cabeza y hablando cada cual con alguna persona de las de fuera, á cuyo fin todos trataban de levantar la voz para que sus respectivos interlocutores los comprendieran: de este esfuerzo común de adentro y de afuera resultaba una vocinglería insoponible como es fácil imaginar.

Con no poco trabajo se fué introduciendo don Juan en aquel grupo, en el que nadie consentía dejar su puesto, y antes bien todos procuraban en cuanto podían ocupar el mas próximo á la reja, para no desocuparlo hasta después de mucho tiempo.

El habría sin duda desistido de vencer tal obstáculo si no hubiera recordado que siendo, como era, muy aficionado al teatro, debía ya haber adquirido en la puerta donde se venden las boletas de entrada mucha maña para salir felizmente de una situación semejante.

Confiado, pues, en el éxito de aquellos ensayos, intentó con audacia penetrar en el centro de ese grupo, en el que bien pronto se vió envuelto, ofreciendo un contraste gracioso al elevarse con su decente vestido de caballero entre todas esas gentes ordinarias. Veíasele además sudando después de un cuarto de hora de lucha y de estar percibiendo el olor inoportuno de los almuerzos groseros que tales mujeres llevaban á sus protegidos; pero por fin llegó á acercarse lo bastante para ser oído de uno de los presos, al que le suplicó llamase á Santiago: al momento empezó á resonar por el patio de la cárcel, en alternativos gritos, el nombre de Santiago.

Pocos instantes después de haberse repetido muchas veces este grito vió don Juan venir á Santiago embozado en su capa y adornado con su sombrero. Luego que estuvo en la reja, que fué bien pronto, porque desembozándose con viveza echó á uno y á otro lado cuanto se le oponía al paso; le preguntó don Juan la causa de hallarse allí.

Hay mucho que decir en eso, respondió Santiago; mas ¿cómo es posible que los dos esponjamos aquí nuestra conversación, que contiene secretos únicamente comunicables á solas? Todos se impondrían de lo que dijéramos, y eso es muy desagradable. ¿Qué hiciéramos, pues, don Juan? Yo quiero á todo trance hablar despacio con Vd.

— Iré á ver al alcaide, dijo don Juan: puede ser que nos facilite un lugar mas adecuado, donde podamos hablar con libertad. Yo extraño que Vd. esté aquí, porque este patio es solo para la gente del pueblo.

Don Juan se dirigió donde el alcaide.

Santiago era quizá ese día el único preso de los que estaban en aquel patio que iba á disfrutar del bien de hablar cómodamente con un amigo: los demás lo enviaban sin poder aspirar siquiera á esa ventaja tan inocente, por lo menos en algunos que, estando apenas arrestados por una deuda, no se hallaban incomunicados ni condenados todavía como criminales.

Todos ellos hubieran dado mucho ese día por aquella capa vieja, que iba en parte á contribuir á un bien tan agradable para muchos de aquellos que contemplaban la privación de imponerse en la cárcel de los pormenores domésticos de su familia, no como una penalidad inherente á la prision, sino como una de las muchas adversidades que acarrea el vestido de la gente del pueblo, donde siendo este todavía inculto y grosero, no ha podido realmente ser la democracia un hecho.

Don Juan obtuvo fácilmente el privilegio que solicitaba, y aun se extendió á pretender pusiesen á Santiago en la pieza en que comunmente se pone á las personas decentes en la cárcel. El alcaide condescendió y hasta se disculpó manifestando que aquel señor había sido llevado con ruana á la cárcel, y que después, aunque se le vió de capa, se tuvo temor de que esta fuese apócrifa como tantas sayas que en días anteriores habían suscitado en la cárcel de mujeres graves dudas al alcaide sobre la gerarquía de sus presas.

En el momento, pues, que el carcelero supo que Santiago vestía una capa auténtica y que lo recomendaba don Juan, no solo accedió á sus súplicas, sino que le dió mil satisfacciones por su inadvertencia. Él mismo entró al patio de la cárcel, sacó cariñosamente á Santiago, lo llevó al mejor lugar y lo dejó solo con don Juan.

— Bien, dijo este sentándose en un banco con Santiago, ahora sí podremos saber la causa de tan fatal novedad.

— Sí, señor, voy á referírsela. Ella depende de un acontecimiento, que aun aquí mismo adonde me ha conducido, me atrevo á calificar de agradable. Yo me separé de Vd. intencionalmente, si he de hablar con franqueza; y no hice caso de los peligros á que me exponía, de extraviarme en la ciudad si me internaba por calles desconocidas. Así fué que cuando pasábamos por las gradas del átrio de esa iglesia que Vd. me dijo se llama de San Carlos, íbamos, según recordará, juntos detrás de la rejeta; pero yo estaba hacia rato inquieto y curioso acerca de aquella jóven que cuando yo iba á caer en el caño, tuvo la bondad de tenderme la mano. No sé qué sería; mas ella siguió después tan tímida y asustada, como amable conmigo se mostraba su compañera, bien que tan cautelosamente que Vd. no podía percibirlo, pues la vieja iba del otro lado, repitiendo de tiempo en tiempo sus chistes afectuosos acerca de mi peligro, mientras la jóven con gravedad trataba de imponerle silencio. Ya Vd. ve que esto es muy agradable y de suyo tan interesante y capaz de inquietar á cualquiera, que no es mucho me moviera la curiosidad...

— ¡Vaya, interrumpió don Juan, una cosa agradable ó interesante!... Sin embargo, á Vd. debió parecerle así, no obstante ser eso aquí un hecho muy común.

— ¿De veras? ¿muy común? ¿qué felicidad!

— No tanta, amigo mio; y Vd. está viendo por sí mismo que casi es una desgracia.

— ¡Qué! ¿Desgracia? No, señor, esto no es nada. Calcule Vd. que entonces fué cuando comenzó á parecerme deliciosa la rejeta.

— Ya lo creo.

— Pero Vd. me servía de estorbo; porque yo respeto demasiado la amistad, para tomarme delante de un amigo la libertad de decir chicleos ni aunque sea á la misma Venus, pues siempre eso ofende la dignidad y el decoro. El sitio aquel de las gradas de San Carlos, y la distracción de Vd. cuando pasábamos por él, me facilitaron realizar el proyecto de esconderme allí y de separarme por este medio de Vd. haciendo venir cerca de mí aquellas dos mujeres para hablar con ellas cómodamente. La vieja, que debía de ser avisada, lo comprendió y con una aspereza que á la verdad me indignó bastante, detuvo á su compañera, á la que me dirigí desde luego y con la que bien pronto me quedé solo, pues la otra se fué muy enfadada no sé por qué razón; pero lo cierto es que yo lo celebré infinito. La jóven se cubría tan cuidadosamente con su mantilla, que no me era posible distinguir bien sus facciones, lo que yo deseaba vivamente. Sin embargo, luego que pasó toda la gente, tomándole la mano le pregunté quién era, dónde vivía, si me conocía y era bonita... qué sé yo qué mas le pregunté, porque aquel fué un interrogatorio de tonto; pero sí recuerdo me dijo que no me conocía, ni quería conocerme, ni que yo la conociese; mas decía esto con una voz tan triste, tan alterada y tan dulce, que mas y mas me interesaba por ella. Me parece que una de las cosas que le dije fué que según veía la habían dejado sola, y que yo quería acompañarla si ella lo tenía á bien.

— Como Vd. guste, señor, me contestó friamente.

— Con mucho placer, señorita, le dije, acepto ese honor...

— ¡Jesus! interrumpió ella; se burla Vd. de mí: ¿Señorita! ¡honor! ¡qué palabras!... Y el llanto en que prorumpió al momento, no bien reprimido, apenas le permitió continuar diciéndome que esas eran palabras bellas, pero que la afrentaban no obstante que ella no tenía la culpa. Esto me dejó conocer que yo en efecto no sabía con quién hablaba: sospeché entonces que aquella era una mujer común; pero común ó no, ni por esto descendió enteramente el interés que me inspiraba.

— ¡Cosa original! exclamó don Juan: ¡miren qué intereses!...

— ¿Y cómo nó? ¿Conozco yo acaso los trajes que en esta ciudad distinguen las gerarquías? Y aunque los conociera por vivir aquí ó haber venido otras veces, siempre ese interés habría existido, porque yo me intereso fácilmente; y sobre todo aquella mujer no es una mu-

jer tan vulgar. Ahora verá Vd. cuando volví á decirle, después de esto y empezando á tutearla para corregir así mi error, que tendría mucho gusto en acompañarla á su casa, observé que igualmente le enfadaba mi familiaridad que mi respeto; pues repitiendo mis últimas palabras con un acento amargo, pasado un momento de reflexión me dijo: perdone Vd.; no se sorprenda de mi extravagancia; discúlpeme mas bien: soy una mujer colocada en la triste posición de que todo tratamiento me repugne, y de tener que acostumbrarme sin embargo á alguno. No tengo derecho al respeto y por lo mismo no debo aceptarlo; aun no creo merecer el desprecio y por tanto me ofende su lenguaje.

— Para salir de esta dificultad volví á tratarla de usted sin mas adornos; y bajando las gradas del altozano, le ofrecí el brazo para llevarla á su casa; ella lo rehusó, yo no insistí, porque esto fué lo que me pareció mas prudente en un galanteo en que iba observando que yo era un verdadero palurdo y que estaba por recibir la primera lección. Así se lo manifesté á ella para que me fuese disculpando desde el principio; pero añadí que si no sabía galantear sí sabía por lo menos amar de buena fe.

Entonces con una sonrisa celestial me contestó con cierto énfasis diciendo: señor, desde muy temprano he sabido conocer cuánto es preferible un hombre que ignora el pérfido lenguaje de la galantería, pero que siente por una mujer un amor verdadero; al que es incapaz de amar y solo sabe decir palabras falsas que está cansado de oír el vulgo galante.

— ¿Qué mujer era esa? preguntó don Juan interrumpiendo á Santiago. Esos conceptos le dan cuando menos un aspecto bastante misterioso.

— Sí, señor, por eso he dicho desde el principio que yo me interesaba. Mas no es esto todo; nosotros habíamos tomado por el lado opuesto al que seguía la música, y llegamos á una calle que era la última por ese camino, y donde no se veía persona alguna. Salimos de la ciudad y tomamos por una colina en la que todavía hacían calle algunas chozas y cercas de piedra ó de madera y uno que otro grupo de árboles. Ambos nos sentimos cansados, porque son muy pendientes las calles por donde habíamos subido: al lado derecho había unas piedras que podían servirnos de asiento, respaldadas por los gruesos troncos de unos árboles que parecían muy apacibles. Nos sentamos allí; y ya por la libertad que ofrecía aquel sitio tan solitario, ya por lo fatigada que estaba mi compañera, pude ver sus facciones en cuanto lo permitían la serenidad de la noche por una parte, y por otra la jóven misma dejando flotar libremente la mantilla á merced del aire que soplaban con blandura: parecióme entonces admirablemente hermosa.

Quitándose luego el sombrero y poniéndolo desdeñosamente en el suelo, suspiró con angustia: yo también suspiré poseído del arrebató que debía causar aquel sitio delicioso, al lado de una mujer á quien yo veía tan bella y que parecía también tan desgraciada, por cuyo motivo es excusado advertir que yo la trataba con respeto haciéndole solamente una compañía de caballero. Sin embargo, le hablaba de amor, pero lo hacía como si fuera á una princesa, porque yo tal sentía como que la adoraba; mas era una cosa que parecía no hacer eco en el corazón que me movía. No obstante, hubo un momento en que sentí cierta especie de felicidad que me hizo tomar entre mis manos aquella mano pequeña y suave, que en el acto sacudiéndose de entre las mías, parece que fué á enjugar las lágrimas de ese momento. Ella se mostraba como si no hiciera el menor caso de mis palabras y sus labios no se abrían. Al fin le pregunté por qué no me respondía, por qué no me consideraba como á un amante.

— ¡Cómo á un amante! exclamó: y las lágrimas volvieron á correr mientras ella me miraba con una expresión que me advertía de que estas palabras también habían sido crueles. No sé qué cosa me condenaba á no poder hablar con aquella mujer sin ofenderla, no obstante desear solo decirle palabras lisonjeras. Yo estaba, con todo, un poco enajenado; de suerte que en un rapto de entusiasmo sentí latir su corazón bajo mi mano; pero afanada ella entonces, se levantó, se puso su sombrero y marchó aceleradamente: yo la seguí, y lo admirable es que en aquel terreno tan desconocido para mí y tan desigual, no pudo ganarme á pesar de su rara agilidad. Marchó después por una vereda, que en aquella hora inspiraría terror á quien no fuese acompañando á una mujer hermosa; seguimos luego á la orilla de un vallado: pasamos un puentecillo peligroso y medio destruido, y llegando á una cerca de madera, mi guía se internó por entre unos árboles: yo la seguí siempre.

— ¿Y cómo pensaba Vd. salir de ese laberinto? le preguntó don Juan.

— Yo no pensaba entonces, ni podía imaginarme que ese trabajo había de ahorrármelo nada menos que un cuerpo de policía; porque luego que llegamos á una especie de solar donde se veían unas casas de paja que hacían cuadro encerrando un patio pequeño, entramos en él: allí observé con no poca desconfianza un caballo ensillado, por lo que, manifestando mis temores á mi compañera, me dijo: no tenga Vd. cuidado, que este es seguramente el caballo de mi protector. ¡Oh! ¿Con que tiene Vd., le dije, un protector?

— Sí, respondió, un protector, y además una protectora: de ella son estos zapatos, de ella es también este camison, de ella son la mantilla y el sombrero, y hasta yo misma soy de ella, añadió llorando con desesperación y sentándose junto á la puerta de una de las casitas. Yo me puse á desatar el cordel que anudado forma-

ba toda la cerradura de la puerta, durante lo cual, aquella mujer misteriosa, apretándose la cabeza con ambas manos, parecía sobrecogida de algun acceso nervioso, pues temblaba y lloraba con una notable angustia. Pero antes que yo acabase de abrir, ella se paró aceleradamente y con acento de afán y de alegría, me dijo: doy á Vd. las gracias por su compañía, pero huya Vd. pronto, váyase ahora mismo.

— Y ella por su parte salió corriendo y se ocultó entre los árboles. Yo, sorprendido, volví la vista á todas partes, quedando muy vacilante al ver salir de detrás de la casa un hombre excesivamente alto, con una ruana larga y un sombrero muy extendido que le cubría la cara: quise irme, mas al volverme ví por el lado de la entrada muchos gendarmes armados, formando un círculo que se estrechaba á toda prisa y nos dejaba en el centro al del sombrero y á mí. En un instante nos cogieron y nos trajeron á la cárcel.

Suficientemente instruido don Juan por esta relación de la coincidencia que había dado lugar á la prision de su amigo, le refirió por su parte el robo cometido la noche anterior en casa del señor Osman, manifestándole igualmente que el denunciado dado por él mismo en virtud de haber reconocido al Mordedor como uno de los ladrones, era precisamente el que había hecho ir allí á la policía y asegurado la pesquisa, que por equivocación recayó también sobre Santiago en vez de recaer sobre el compañero del Mordedor.

Santiago, que hasta entonces ignoraba el delito en que lo complicaban, y que ni siquiera había podido sospechar fuese por algun delito que se hallaba en la cárcel, sintió una aflicción horrible al saber el infame robo en que se le suponía autor ó cómplice.

Es pensamiento común que semejante imputación, por calumniosa que sea, lleva siempre consigo cierto grado de deshonra; pues el robo es uno de aquellos hechos tan indignos y vergonzosos, que la vileza de cometerlos se extiende hasta cierto punto á cuanto puede dar lugar, aunque inocente en sí mismo, á la sospecha de haberlos cometido ó de ir á cometerlos; y el sindicado una vez de tal crimen queda quizá para siempre como esos manjares que se dicen envenenados, que esténlo ó no en realidad, basta la duda para que todos los vean con recelo.

Santiago no ignoraba nada de esto y por lo mismo conocía cuán grande era la desgracia de haber llegado á un caso en que la sociedad desconfiada exigiera le probase que él no era un ladrón.

La conformidad, pues, que hasta allí lo había acompañado en su prision, y la jovialidad natural de su carácter, lo abandonaron inmediatamente, y la pena y la desesperación se apoderaron de él, á pesar de las reflexiones de don Juan que lo consolaba, haciéndole ver no eran tan ciegas la crueldad y preocupación de los hombres, que en el instante que estos se persuadiesen de haber sido llevado á la cárcel por una equivocación, no dejasen de hacerlo objeto de una desconfianza tan injusta.

Santiago se consoló algun tanto al fin; pero nuevamente volvió á afligirse, recordando que se le había aprehendido en la propia guarida de los criminales, y junto con ellos; viniendo á ser por tanto casi imposible que no fuera víctima de sospechas al parecer fundadas. El no era conocido, jamás había estado en Bogotá, y el primer suceso que iba á presentarlo ante las gentes era un robo, en el que se atribuía complicidad: esto sin contar con lo vergonzosa que era en sí misma la justificación, que consistía en hechos que no se había atrevido á revelar en presencia de los criminales de la cárcel, y que de ningún modo pensaba tampoco referir en presencia del juez.

Sobre todo esto hablaron largamente Santiago y don Juan, quien en vano trataba de moderar las aprensiones de su amigo, que con gran tenacidad rebatía cuanto podía alegarse para consolarlo.

V.

EL ALTONAZO.

Por último, don Juan se fué á practicar todas las diligencias que se creyesen necesarias para conseguir la pronta libertad de Santiago, quien se quedó tan afligido y poseído de aprensión, que apenas podía persuadirse de que un amigo tan delicado como aquel, le conservara su cariño y su amistad, después de una desgracia semejante.

En la puerta de la cárcel encontró don Juan al salir, unas señoras á quienes trataba de tiempo atrás: la una de ellas se llamaba Baciliza, bogotana muy bonita, y bastante conocida de la juventud masculina de aquellos días.

Doña Leoncia, su madre, que nunca salía sin ella á ninguna parte, venía á visitar á un deudor arruinado que estaba entonces en la cárcel, y que era también coocido de don Juan; de modo que las señoras, creyendo que este salía de visitarle, empezaron por preguntarle si estaba con mucha gente el preso, y si sería hora oportuna para verlo; mas don Juan les dijo que salía de ver únicamente á Santiago, que iba muy de prisa, sin saber adónde todavía, y con solo el pensamiento de conseguir la inmediata libertad de este amigo.

(Se continuará.)

Maravillas

de la
ARQUITECTURA INDIA.

(Continuacion.)

PAGODA DE TRIVALUR.

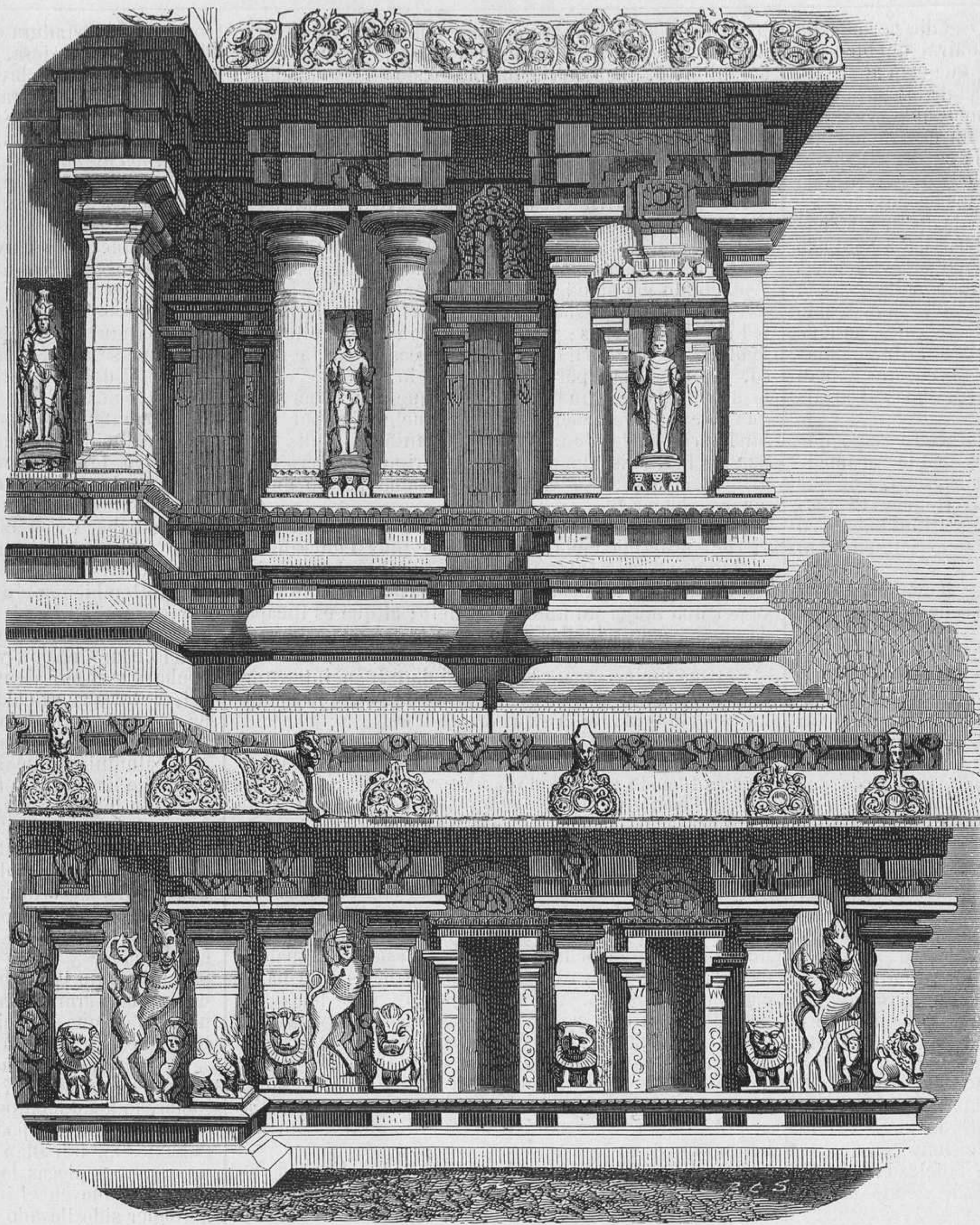
La arquitectura india llamada moderna (cuarta época) es, propiamente hablando, la mas difundida, la única que caracteriza á la India segun las relaciones y los dibujos de los viajeros.

Las construcciones de esa época, observa M. de Ravisi, recuerdan las de los períodos precedentes; pero sin embargo, se diferencian porque sus materiales son menos voluminosos, porque el ornato está menos recargado de colores extraños, y las líneas son mas puras, así como la disposición general está mejor entendida.

A esta cuarta época corresponden tres géneros especiales, á saber: las arquitecturas maharatta, mongola y europea. Aunque el genio indio concentrado en sí mismo reciba muy difícilmente las influencias extrañas, es imposible admitir que la invasión de poblaciones victoriosas no haya modificado el tipo original de la primera arquitectura. De todos modos, es verdad que esta influencia no se patentiza y afirma, sino al cabo de muchos siglos, cuando la sangre de los invasores ha penetrado en el elemento aborigena.

La pagoda de Trivalur, cuyo imponente conjunto se puede ver en uno de nuestros dibujos, al paso que el otro representa una muestra de ella, no ofrece ya un estilo sencillo sino en los detalles. Las proporciones generales presentan mucha armonía.

La vista de la pagoda principal tomada mas allá del estanque sagrado en donde se refleja el gracioso perfil de los goparums y de los templos, es uno de los mas bellos espectáculos de la India. Es digno de notarse entre otras cosas, el grandioso aspecto de esas figuras de elefantes y personajes, esculturas gigantescas que adornan las paredes.



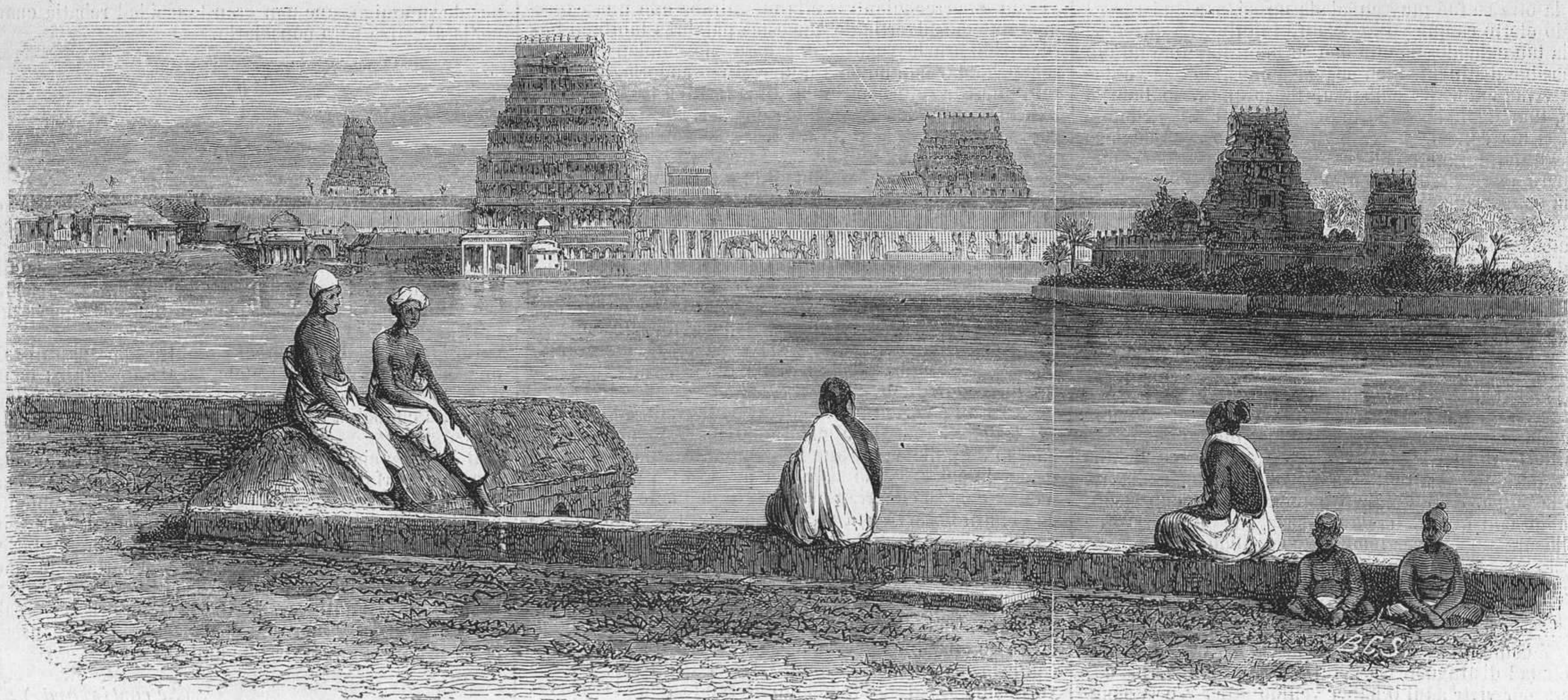
ARQUITECTURA INDIA — Base del goparum oriental de la pagoda de Trivalur.

La base del goparum de la pagoda de Trivalur tiene la marca de un movimiento de época relativamente modernas. Las estatuas de los nichos son bastante correctas. En cuanto á las esculturas del basamento no pueden ser mas curiosas. Entre los pilares de la parte inferior parecen desfilarse intencionalmente en el mismo sentido, los *Nava-Sinah*, monstruos mitad hombres y mitad leones (cuarta encarnacion de Vichnu). Esos seres híbridos, así como esos leones de cara mas irónica que feroz,

Matilde Sessi,

DEL TEATRO IMPERIAL ITALIANO DE PARIS.

Discípula de M. Mauricio Strakosch, la señorita Matilde Sessi se ha dado á conocer este año en el teatro Italiano, cantando algunas óperas del repertorio de la Patti.



Vista general de la pagoda de Trivalur.

y esos animalejos como elefantes enanos, de aspecto infernal que terminan los ángulos, todo ese conjunto produce un gran efecto. El genio del artista libre de toda traba, debió expresar las tendencias fantásticas de la época.

Casi en todas partes, como sucede en Trivalur, los templos están rodeados de estanques y de rios. Con efecto, les está prohibido á los fieles penetrar en la morada divina, si antes no se lavan y purifican. Fácil sería hacer curiosas comparaciones sobre el asunto.

Esa purificación que precede á la entrada del templo, ¿no recuerda ciertos usos adoptados en otras religiones?

La ley religiosa ordena pues, del modo mas explícito las abluciones antes de las plegarias dirigidas á la divinidad. No cumplir esa ley equivaldría á cometer uno de los mayores crímenes previstos, esto es, sería cometer un pecado igual al de matar á un padre ó al de beber un licor alcohólico.

Pero parece ser que hay modo de arreglarlo: la ley dice que una plegaria á Chiva, que se recite ofreciendo un sacrificio al cabo de tres dias de ayuno, asegura la remision de todas sus faltas y una vida feliz durante cien años; así como dice tambien que un brahman que sepa de memoria el Rigveda no incurrirá en ningun castigo aun cuando hubiese dado muerte á los habitantes de los tres mundos y se hubiese nutrido con alimentos prohibidos.

Sin embargo, el modo mas seguro de obtener la remision de los pecados, es hacer donacion de la fortuna á los brahmanes.

R. C.

La señorita Sessi pertenece á una familia de artistas. Su abuela Imperatrice Sessi, fué la Patti de su época. Mozart escribió para ella el papel de soprano de la *Clemenza di Tito*. Imperatrice Sessi tuvo la honra de comer en Schönbrunn con dos emperadores, José II y Napoleón I. Este último que la oyó cantar la regaló su retrato rodeado de brillantes que se conserva como una reliquia en la familia.

Matilde Sessi sigue las huellas de su abuela y ya figura entre las jóvenes cantantes italianas. Z.

Correspondencia del Havre.

El Havre 26 de enero de 1870.

Acaba de entrar aquí un vapor inglés, el *Puerto-Said*, steamer de 900 toneladas, de formas singulares, y que llama altamente la curiosidad pública. A la verdad, no sé por qué tenga en sí nada extraordinario, sino porque representa en nuestro puerto un nuevo porvenir, porque inaugura como una revolución marítima. En una palabra, el *Puerto-Said* hace el primer servicio de una gran línea de navegación al vapor, que desde ahora pondrá en comunicación periódica Liverpool, el Havre, Puerto-Said y Bombay, por el canal de Suez.

Hé aquí la lista de los buques que seguirán al *Puerto-Said*:

Brazilian, de 2,815 toneladas.

Queen of South, de 2,097 idem.

Mauritius, de 2,150 idem.

Ismailia, de 899 idem.

Bolivian, de 2,815 idem.

Esta línea, organizada por el *Merchant trading Company*, de Liverpool, ha tomado el título especial de *Liverpool, Havre and Bombay Steam Company*.

Es probable que el *Puerto-Said* no volverá al Havre. Los armadores querían que este vapor, como el *Ismailia*, permaneciesen en los mares de la India y de la China, para alimentar los grandes steamers, como el *Brazilian*, el *Queen of South*, los cuales harían la navegación regular de ida y vuelta de Bombay á Liverpool, arribando siempre al Havre.

En la actualidad, el *Brazilian* se dirige á Bombay, así como el *Queen of South* y el *Mauritius*, pues estos tres buques han hecho ya un viaje de ida por el canal de Suez. El primero de ellos vuelve con un cargamento completo de algodón, diez mil pacas.



Matilde Sessi, del Teatro Imperial Italiano de Paris.

Vemos pues que la revolución marítima es radical. El Havre, que no recibía los algodones de las Indias sino por los veleros que habían doblado el cabo de Buena Esperanza, tendrá ahora, por medio de los vapores, ese importante producto. Otras dos líneas completarán este nuevo servicio.

¡Qué de beneficios tocamos ya con la apertura del canal de Suez! Para apreciar la importancia del cambio, hay que recordar las vicisitudes por que pasaban los cargamentos que recibíamos de la India y del extremo Oriente. Si llegaban por buque de vela, se pasaban muchos meses antes de que pudiésemos tener la mercancía esperada, y entre tanto el dinero empleado en la

compra de algodones dormía, y las compañías de seguros se llevaban una buena parte. Si por el contrario, el cargamento llegaba por steamer, lo que llamaban el *overland-route*, había que desembarcar el cargamento en Suez, hacerle transitar en Egipto por el ferrocarril egipcio y volverle á embarcar en Alejandría. ¡Cuánto tiempo perdido y cuántos riesgos!

Ahora Bombay está á nuestras puertas. Directamente los buques nos van á traer los algodones en día fijo, y en buen estado. Antes se necesitaban meses para una sola operación, y ahora en veinte y cuatro días se hará el viaje de Bombay al Havre. Así pues, solo el *Brazilian*, efectuando doce viajes por año, y cargando 4,000 toneladas de mercancías, asegura á nuestro puerto un movimiento anual de 48,000 toneladas.

Nuestros armadores han hecho ya ese cálculo, y por esta razón la llegada del *Puerto-Said* ha sido casi un acontecimiento. P. P.

La Torre de la Cautiva.

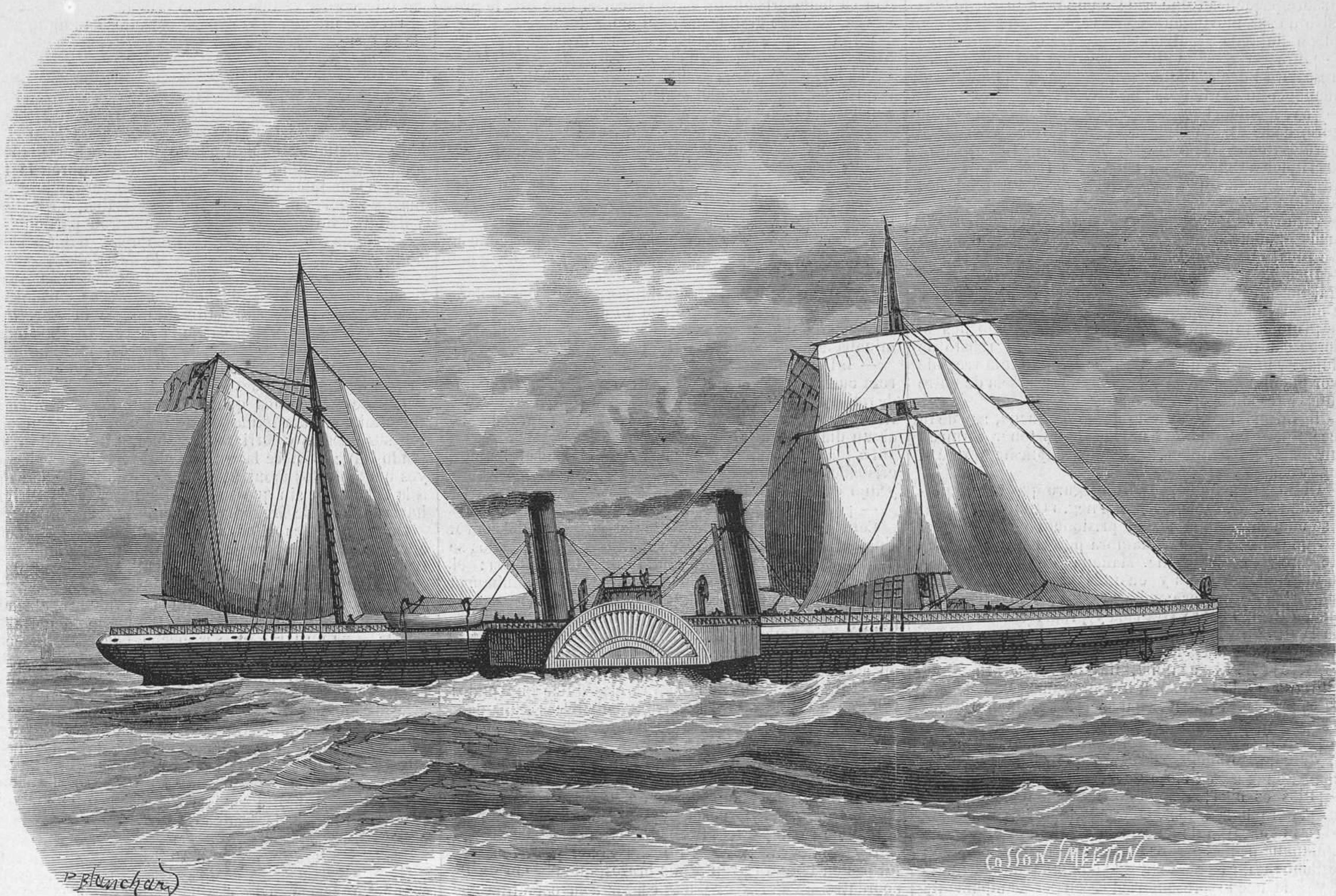
TRADICION GRANADINA

POR JOSÉ SOLER DE LA FUENTE

I.

El camino que llaman de *Fuente-Peña*, en la Alhambra, es un barranco que divide á esta de Generalife, y es de lo más pintoresco que puede concebirse. Mezquina sería toda descripción, pues las dulces y melancólicas sensaciones que su vista inspira, no es posible hacerlas conocer por una simple narración. Es necesario admirarlo. Además que poco ó nada pudiéramos añadir á lo que de él han dicho ya hombres célebres, y no hace falta á la corona que los mismos le han dedicado, la mustia flor que habríamos de ofrecerle; solo llevamos á nuestros lectores á este sitio con el fin de conducirlos al lugar de la escena que vamos á trazar en el siguiente relato.

Sigamos, pues, el camino de *Fuente-Peña* que guía á la *Cuesta del rey Chico*. ¿Veis hacia la izquierda esa careomida muralla, de la que sobresalen tres elevadas y sombrías torres? ¿No os parecen graves gigantes que guardan el mágico silencio de estos contornos? Pues la primera se llama *de las Infantas*; la segunda *de la Cautiva*, y la tercera *del Candil*.



El *Puerto-Said*, nuevo vapor de la Compañía *Liverpool, Havre and Bombay*, destinado al servicio directo de Inglaterra á la India por el canal de Suez.

No imagineis que vamos á hablaros de las tres torres, ni de la *de los Picos*, que mas allá alza su negra cabeza sobre la *Puerta de Hierro*, no: cada una de ellas debe ocultar su interesante tradicion; pero hasta ahora no hemos podido desgarrar el velo que las aparta de nuestro pensamiento, y solo la *de la Cautiva* es la que va á presentarse ahora con sus misterios á vuestros ojos: mas antes, ya que habeis visto la sencilla forma de la torre por de fuera, con sus cien piés de altura y su moderna fortificacion, penetrad con nosotros en el interior por la pequeña puerta á espaldas del camino, y ved este primer recinto, que no parece sino que el miedo reina en él, húmedo y oscuro, con cuatro pilastras en el centro, sin que tenga otras luces que las lénues que se introducen por una alta claraboya en la azotea de la torre. A pesar de los graciosos adornos de ésta estancia, y de los bonitos agimeces que dan á ella, infunde tristeza y desaliento. Pero no nos detengamos mucho rato en tan melancólico sitio, y pasemos con afán al segundo departamento. ¡Oh! ya se respira aquí mejor: ya hay claridad: ya hay brisa.

Mirad este lindo retrete, débil sombra de lo que seria en otros tiempos; mísero resto del lujo que lo adornaba, y que aun revela el lindo arco de la puerta, los graciosos calados de sus paredes, y las cenefas de azulejos por el estilo de algunos aposentos del palacio real. ¿Veis esa ventana de la izquierda, precioso agimez en otros dias, y hoy restaurado de tan tosca manera? Pues como buenos católicos, descubramonos al llegar á ella, y recemos una oracion por el descanso de un alma cristiana. ¡Fué el camino de un sepulcro! ¡Fué el de la eternidad para un triste ser!

Salgamos, salgamos de esta torre; si antes refrescaba su ambiente, sofoca ahora con este recuerdo: aspiremos el aura de la Alhambra, y bajo sus frescos bosques oireis, y nosotros podremos referir con mas aliento los trágicos sucesos de la mansion que acabamos de visitar, y que la dieron el nombre de *Torre de la Cautiva*.

II.

Era el año de 1494. Los ejércitos del rey Don Fernando sitiaban á Granada, siendo la vega durante el bloqueo, teatro de continuas y reñidas escaramuzas entre los valerosos caballeros que siguieron al rey, y los no menos valientes moros de la ciudad. Era una noche del invierno. Corría un viento helado y seco, y todo el campamento se hallaba al parecer disfrutando de reposo; solo velaban las centinelas que de tiempo en tiempo repetían sus gritos de *alerta* con voz torpe y confusa.

Sin embargo, en una tienda de campaña, no lejos de la de los reyes, y en cuyo centro algunos enrojecidos tizones indicaban que pocos momentos antes habian dado una llama vivificadora, tres guerreros envueltos en prolongados y negros ferreruelos, sobre los que descolaban relucientes y puntiagudos cascos, se veian sentados sobre pequeños troncos de encina. A juzgar lo expresivo de sus movimientos y el calor de sus palabras, trataban sin duda de algun asunto serio é interesante.

— ¡Juro por el mismo Santiago, que mañana hemos de rescatarla! decía uno de los caballeros, dándose con su manopla un fuerte golpe en el peto.

— ¡Ay, Aguilera! respondió otro exhalando un grande suspiro, nadie es tan interesado como yo en rescatar á la hermosa doña Isabel de la esclavitud que arrastra; pero el amor no me ciega y conozco lo insuperable de la empresa, á menos que un poder sobrenatural no nos ayude.

— ¿Quién habla de poder sobrenatural? contestó el llamado Aguilera dando una terrible patada en el suelo. ¡Vive Dios! que solo el nuestro es bastante y sobra.

— Dice bien, dice bien, exclamó el que callara hasta ahora, nosotros y nadie mas que nosotros libertaremos á tu amada, Ponce.

— ¡Voto al infierno! continuó Aguilera, ¿no nos la hicieron cautiva esos perros en el impensado rebato de Andujar? ¿Pues por qué siendo nosotros treinta veces de mayor pujanza que ellos, no hemos de sacársela de entre las uñas? responde, ¡vive Cristo!

— Lo mismo digo, contestó Diego de Baena, soy de tu parecer; pero cuando así hablas debes tener formado algun plan; yo tambien lo tengo: explicate y veré si estamos conformes.

— Oído, y por quien soy os aseguro que vais á quedar contentos. Ya sabemos, por el negro Osmin, el espía, que se encuentra doña Isabel prisionera en una de las torres que circundan la Alhambra por la parte de Levante cercana á Generalife. Mañana al anochecer estamos dispuestos los tres y cuantos nos quieran seguir. Tristan de Montemayor con una gruesa partida marchará al mismo tiempo sobre Granada y promoverá un rebato hácia la *Puerta de Bib-Taubin*.

Los moros asustados correrán á defenderla, y mientras tanto, vivos como la centella, llegamos á la Alhambra, nos dirigimos á la torre, y á mi cargo queda lo demás. ¿Qué os parece? ¿podré llegar á ser un buen estrategico?

— ¡Bravo! ¡bravo! contestó Baena, batiendo las palmas, y creo, y prometo, y aseguro que se dará buena y felicísima cima á esta empresa.

— ¡Dios os oiga! respondió tristemente Ponce de Leon. ¡Pobre doña Isabel, cuánto deberá sufrir!

— Yo me encargo de arreglarlo todo, continuó Aguilera. Mañana pediré permiso á nuestro rey, hablaré con el de Bohoques, que será sin duda alguna de los nuestros, y á la noche presentaremos en el campamento

nuestra hermosa rescatada. Ahora vamos á dormir. Buenas noches, caballeros.

Y acomodándose cada cual lo mejor que pudo, se dispusieron á pasar la noche. A los cinco minutos todos dormian profundamente, á excepcion de el de Leon, que como enamorado pensaba en su querida Isabel, á quien pretendia con ansia ver y salvar del yugo de los musulmanes. Iba á emprenderse una peligrosísima acometida que tal vez imposibilitaria para siempre la esperanza de poseerla, y estos pensamientos combatian al apesadumbrado caballero sin dejarle sosegar. Pero era jóven, y á la media hora solo las ateridas centinelas velaban en el campamento.

III.

— Hermosísima cristiana, fragante flor de la Andalucía, ¡no desdeñes las súplicas de un moro que tiene en tí su corazón. Amame, amame, por piedad, dirígeme una mirada cariñosa y me contemplaré el moro mas feliz del Oriente y Mediodia. No ignoras que gozo los favores del rey de Granada, del poderoso Boaddil, por quien soy alcaide de esta torre, que para tí es un palacio, donde te cercan los diamantes, el oro y los esclavos; ¿tienes el mas leve deseo? Dime por favor lo que apetece, y aun cuando fuera la pérdida de Granada, veríame gustoso contribuir á ella, como en pago me dices tu amor, tu amor que es lo único que ambiciono, lo único que me deslumbra. ¡Ah! ¡no sabes el fuego intenso y voraz que concentra un corazón africano! No, no lo puedes saber... Mira, te ama tanto Muhamad, que es á tu presencia un humilde esclavo: ¡Él! ¡Muhamad, á quien llaman bárbaro y feroz entre sus gentes! ¡Nazarena, mitiga ese rigor con que me tratas, da treguas á tus desdenes y dúctele al fin del tormento que padece esta alma destrozada, concediéndole lo que tanto desea y por lo que tanto suspira!

Estas palabras las decia el moro Aben-Muhamad á doña Isabel de Lara, su prisionera en la torre de su alcaldia.

En un rebato de los moros de Andujar y en una impensada salida que hicieron contra los cristianos, les ocasionaron muchas pérdidas, siendo una de ellas la prision de la jóven doña Isabel, hija de uno de los capitanes del ejército de la Cruz y prometida del caballero don Manuel Ponce de Leon.

Enamoróse perdidamente Aben-Muhamad el africano de la cautiva, y la compró al moro que la hizo prisionera, trayéndola á Granada y encerrándola en una de las torres que le habia cedido el monarca, quien dispensaba al africano grande favor por la influencia que ejercia sobre la mayor parte de las tribus del reino: sabidas son las disensiones que habia entre los linajes moriscos durante la época de Boaddil, que hacian vacilar á cada momento el escabel de su trono.

No habia escaseado Muhamad atencion ni lujo alguno con su bella prisionera, para vencer el odio que le profesaba, casi tan grande como el amor del moro.

En el segundo departamento de la torre de que se ha hecho ya mencion, adornado con el gusto oriental mas exquisito, estaba doña Isabel escuchando con angustia las tiernas palabras del amartelado moro. Odoríferos pebeteros esparcian su delicado aroma por la morisca estancia y perfumaban las ricas alcatifas que cubrian el pavimento. Recostada la jóven sobre el antepecho del labrado agimez del Norte, miraba con distraccion al cielo, apoyando la cabeza en su nacarada mano, que semejante al tallo de la azucena, salia de su ropaje blanco como el alabastro.

El feroz Muhamad, arrastrado por la violencia de su amor, estaba en pié detrás de ella, sumiso y débil, como el negro ante su amo.

Al largo discurso del musulman, no contestó doña Isabel, y se cubrió el rostro con un delicado pañuelo.

Era cerca del anochecer y apenas el crepúsculo iluminaba aquel voluptuoso y lindo recinto.

— Isabel, tornó á repetir el moro, ¿por qué tanta dureza cuando sabes lo que te adoro? ¿No merecen mis desvelos ni una sola mirada que augure una esperanza lisonjera, que arrulle el halagüeño pensamiento de que algun dia consentirás en pertenecerme?

La mano de doña Isabel se extendió hácia el moro, crispados sus dedos del horror que la causaba esta idea, y dijo con voz sorda y débil:

— ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Contrayéronse violentamente las facciones del moro. Una palidez mortal cubrió su rostro, y sus párpados se dilataron extremadamente; el furor lo dominaba: el manso cordero habia vuelto á ser tigre: era Muhamad en su verdadero ser, desnudo de toda apariencia engañadora.

Logró sin embargo dominarse, y haciendo un violento esfuerzo, hincó en tierra una rodilla y elevó sus manos en actitud suplicante detrás de doña Isabel.

— Mirame, le dijo con la voz mas dulce que pudo: mirame á tus piés cual esclavo impotente; ¡Muhamad, terror de su raza y de los extraños, que no dobla su cerviz ante su rey poderoso, se encuentra humillado á tu presencia, como un criminal que implora su perdón del árbitro de su destino!... ¿Y qué es lo que pide el moro?... Un poco de amor para apagar el voraz incendio de su alma... ¡Él! que pudiera usar de su derecho de amo, solo se ampara de la triste facultad del siervo; gemir y suplicar... ¡Isabel! no abuses del poderío á que mi pasión te eleva: ven á mis brazos, que el leon puede acordarse de quién es y despedazar á la cervatilla que

enmaraña su melena... ¡Ven á mí, flor de las flores!... ¡que el genio de la dicha bata sus alas sobre nosotros, y nos envuelva en su ambiente de felicidad!

Y al decir estas palabras extendió tanto sus brazos, que llegó á tocar con sus manos al vestido de doña Isabel; quien al sentir este contacto replegóse hácia el agimez gritando:

— No me toqueis, no, no: huid de mí.

— ¡Ingrata! prosiguió Muhamad, acometido de un voluptuoso delirio: y arrastrándose hácia la cautiva.

— Teneos, repito, exclamó con entereza doña Isabel, á quien daba fuerzas lo crítico de su posicion: si os acercáis un paso mas, me arrojé desde el agimez: y sacó hácia fuera la mitad de su cuerpo. ¿Cuántas veces he de deciros, continuó desde allí, que es inútil lo que hagais para agradarme: que os aborrezco; y que todos vuestros obsequios en vez de halagarme me mortifican tanto como vuestra presencia: que antes de perteneceros prefiero la muerte, pues me será mucho mas dulce que tan infando crimen? Estas mismas palabras son las que siempre habeis escuchado de mi boca: y si tuviérais un poco corazón; si en algo estimárais la dignidad de hombre, hubiérais dejado de perseguirme; porque esa constancia os envilece tanto á mis ojos... que acabareis por trocar mi aborrecimiento en desprecio. Dadme de una vez la muerte, que es mi único deseo, si he de ser siempre vuestra esclava.

El moro, que al oír tan duras palabras se habia ido levantando, fijó luego una terrible mirada sobre la jóven, y le preguntó con irritada voz:

— ¿Es esa vuestra última resolucion?

— Esa ha sido mi primera y tambien es mi última. Jamás seré de otro que del de Leon, contestó tranquilamente la cristiana.

— Bien, esclava... no te quejes de la suerte que te espera: tú lo has querido. ¡Hola, Hakin! dijo llamando con estentórea voz.

Un negro se presentó en la estancia: doña Isabel permaneció en el agimez.

— Mas no, exclamó de repente el moro variando de pensamiento: no dirán que una mujer me ha vencido. En este instante has de ser mia... Y se abalanzó á la pobre cautiva.

— Atrás, dijo esta con firmeza: atrás, digo, ó me precipito.

Pero el moro no la escucha, y su mano ha cogido la de doña Isabel.

— ¡Asesino! ¡no lograrás tu intento! exclamó la jóven. ¡Perdonadme, Dios mio! y al decir estas palabras, sacó sus manos de entre las del moro y se arrojó por el agimez.

— ¡Alá, qué es esto! dijo asombrado y lleno de pavor Muhamad, tirándose sobre el agimez y extendiendo los brazos: ¡ah! ¡la salvé! se le oyó exclamar de pronto: mas no lo habia acabado aun de decir, cuando se retiró del agimez exhalando una horrorosa imprecacion, que hizo estremecer al mismo negro. Un pedazo informe de tela blanca traia apretado entre sus crispados dedos. Era un pliegue del vestido de doña Isabel.

En este momento se oyó un espantoso tumulto al pié de la torre.

IV.

Los cristianos habian puesto por obra su plan. Al anochecer del dia siguiente al en que formaron la idea de la acometida, cubierto Aguilera de sus mejores armas, y seguido del amante de doña Isabel, de Bedmar, y de otros varios caballeros que quisieron participar de los peligros de tan descomunal empresa, habian salido de la vega con direccion á la *Silla del Moro*.

Al mismo tiempo una partida de seiscientos lanzas, al mando de Tristan de Montemayor, se encaminó á Granada, acercándose hostilmente hácia la *Puerta de Bib-Taubin*. (1) Pronto corrió la alarma por la ciudad, y las tribus asustadas con esta sorpresa, marcharon en el mas completo desorden á defender el sitio que creian amenazado por las huestes castellanas.

Los destacamentos que habia por los contornos de Generalife sin disciplina y sin organizacion, abandonaron sus puestos y corrieron tambien á Bib-Taubin, dejando franca y libre la entrada al de Aguilera y los suyos que en estos momentos de confusion se acercaban á la Alhambra sin que nadie lo notase, y se dirigian hácia la torre de Muhamad que pronto lograron ver.

Dejaron los caballos á alguna distancia, y fueron aproximándose con sigilo hácia la muralla, donde sujetaron una escala que llevaba Aguilera, á favor de la cual se vieron pronto á la puerta de la torre.

Los pocos moros que lo guardaban, viéndose atacados tan de improviso, solo tuvieron tiempo para cerrar la puerta, que no tardó en ser hecha pedazos, merced á los desmesurados golpes de hacha de los caballeros.

Abierta brecha, penetraron osadamente en la fortaleza, sin que los moros acobardados opusieran la mas leve resistencia.

Subieron precipitadamente la escalera, y antes de que Muhamad pudiera saber la causa de tan extraño alboroto, entraron en la estancia Aguilera, Bedmar y Ponce de Leon.

— Animo, nuestra es la empresa, gritó Bedmar al entrar con la espada desnuda.

(1) Esta puerta se hallaba próxima al sitio en que hoy existe el edificio cuartel ó castillo de este nombre.

— Isabel, ¿dónde estás? Vengo á librarte, serás mia para siempre, gritó Leon.

— Moro, somos tus amos ahora, dijo Aguilera á Muhamad, que cruzado de brazos miraba con desprecio á los cristianos, de nada te servirá la resistencia; entrénganos al momento á la jóven que retienes cautiva.

Una feroz sonrisa asomó á los labios del musulmán.

— ¿La quereis, dijo, venid conmigo, tomadla, ahí la teneis, y al decir estas palabras llevó á los cristianos al agimez y les señaló hacía fuera.

Un grito penetrante salió de los labios del infortunado Ponce de Leon.

El cuerpo de doña Isabel se miraba hecho pedazos en un baranco al pié de la torre. La sangre que brotaba de sus tronchados miembros habia teñido de rojo su blanco ropaje.

— ¡Miserable! exclamó con frenesí Ponce: y listo como la corza saltó sobre el moro, atravesándole el pecho con su espada antes de que tuviese aquel tiempo para huir el golpe.

Pero en el momento en que el de Leon sacaba la espada del cuerpo de Muhamad, siente que rasga sus espaldas una acerada gumia, que le penetró hasta el corazon.

Era el esclavo Hakin, que al presenciar la muerte de su amo quiso vengarla.

— ¡Pobre cristiano! dijo al mismo tiempo: ni muerta ni viva tendrás á esa mujer, destinada á mi dueño y señor.

— Ahora llevarás el pago de tu interés, gritó Aguilera: y tirando un fuerte mandoble al cuerpo del negro, hizo saltar al suelo su cabeza.

Tres cadáveres habian cubierto de sangre en pocos instantes aquel recinto, y otro yacia al pié de la torre.

— ¡Pobres muchachos! exclamó tristemente Aguilera, limpiando su enrojecida espada: ¿quién habia de presentir este fin desastroso?

Un guerrero se presentó en este momento á Bedmar.

— Amigo, dijo con precipitacion: uno de los moros que defendian esta torre, logró escaparse y ha corrido al alcázar á noticiar nuestra venida. Hemos visto desde el terrado á una turba de zenetes tomar la direccion de este sitio, y vendrán sin duda á proteger esta guardia. Nuestra permanencia aquí por mas tiempo atraeria ser os lances á mi entender.

— Vámonos, Aguilera, dijo Bedmar: y ya que contamos dos victimas, no contemos mas.

— Sí, contestó aquel: volvamos á nuestro campo antes de la llegada de esos moros; pero llevémoslos los desgraciados restos de Isabel y Ponce de Leon.

Así lo hicieron: bajaron de la muralla, y ambos cadáveres fueron colocados sobre un brioso corcel. En seguida abandonaron los cristianos aquel lugar, volviendo á encumbrarse por el cerro de donde vinieran.

Cuando llegaron las fuerzas que el rey enviaba á socorrer á los de la torre, solo hallaron al mutilado Hakin y su dueño rodeados de los moros de la fortaleza aun no repuestos del susto que la impensada acometida de los cristianos les causara.

A los desgraciados amantes se les dió sepultura en el panteon de la familia de los Ponce de Leon.

Bedmar y Aguilera, apesadumbrados por este fatal suceso, juraron no volver á pisar la ciudad hasta que entrasen como dueños; pero su genio ardiente y emprendedor les hizo quebrantar este juramento para ser de la gloriosa partida que acompañó al valiente y temerario Pulgar en la árdua y azarosa empresa del *Triunfo del Ave Maria*.

Consideraciones sobre la imprenta.

Con el perfeccionamiento de la imprenta, la reproduccion de los libros, la propagacion de las ideas ha dejado de ser una ciencia, un arte; el gabinete del sabio se ha trasformado en taller; á todos aquellos hombres laboriosos é instruidos que se dedicaban con noble ahinco á copiar manuscritos, han sucedido obreros poco cuidadosos del interés de la ciencia, y esa tarea no se ha emprendido ya por amor, como una mision esplendorosa que debiera cumplirse, sino tan solo por interés, cual se emprende un oficio cualquiera.

Así lo quiere la industria; egoista, absoluta en sus cálculos, sacrifica todos los órganos de la inteligencia á un objeto especial; llevando la division del trabajo hasta su mayor extremo, condenando al hombre á no ejecutar sino la mas pequeña fraccion posible de un gran todo á fin de obtener resultados mas pronto, destruye las diversas facultades de su entendimiento, le aísla del movimiento mas general que se verifica en torno de él.

Este fraccionamiento del trabajo, útil en sí, se ha introducido tambien en la imprenta, produciendo sus frutos ordinarios; apenas sabe el niño deletrear, ya le afilian en aquel *misterio* (denominacion genérica en la edad media, con que se designaban las diferentes ramas del arte.)

Aquel no es un hombre ilustrado que tenga un conocimiento de sus actos, sino mas bien una máquina; pero se ha llenado el objeto.

¿Cuán pocos son hoy dia los cajistas de imprenta capaces de entender la copia que están encargados de transcribir en letras de plomo!

En los primeros tiempos de este arte milagroso, los

hombres mas eminentes de la época iban á agruparse en torno del impresor, que no pocas veces era tambien hombre de esclarecido mérito, como Caxton, Mertens, Juan de Wesfalia, Aldo, Roberto Estéfano y Plantino; ponianse palacios á su disposicion, á fin de que pudieran ejercer su arte mas desahogadamente.

A su vez Erasmo de Rotterdam, Demetrio Calcóndilas de Atenas, Badio de Flandes, Alejandro, Navijero, Balzoni, no se desdenaban de ir á la imprenta á corregir pruebas y á discutir acerca del valor de los textos.

Hasta los mismos soberanos procuraban realzar con sus favores, si hubiese sido posible, este arte, tenido á la sazón en la mayor estimacion por todo el mundo.

Sixto IV concedió á Jenson el título de conde palatino; el rey Eduardo quiso ser amigo de Caxton; Felipe II condecoró á Cristóbal Plantino con el título de *architypographus regius*, y no pocas veces Francisco I permaneció en pié y silencioso en el gabinete de Roberto Estéfano, aguardando que este hubiese acabado de corregir las pruebas.

¿Cuán mudados están los tiempos!

Pero prosigamos con método la tarea que nos hemos impuesto.

Los *bibliographoi* de Atenas y los *librarii* de Roma, que por profesion se dedicaban á transcribir libros, eran todos excelentes gramáticos y estaban mas ó menos versados en el estudio de la filosofía y de la historia.

Ora en el silencio y recogimiento se les veia dedicarse á comprender bien los pasajes difíciles del libro que se encargaban de copiar; ora reunidos en una misma sala con las tablitas sobre las rodillas, el *scrinium* á los piés, escribían cuidadosamente lo que les iba dictando uno de sus colaboradores, y de esta suerte producian á un tiempo varios ejemplares de una obra que el público buscaba con ansia; despues pasaban á una pieza separada, donde de dos en dos iban cotejando sus trabajos á fin de enmendar las omisiones y corregir las faltas que tal vez habian cometido; porque los compradores de libros en Roma y Atenas eran sumamente escrupulosos.

Si el libro era incorrecto, ya podia el *bibliopola* ponerlo de muestra, nadie se lo compraba; y tenia que cederlo á bajo precio á los chalanes, que iban á revenderlo en los arrabales ó provincias distantes, ya á fin de que sirviera para enseñar á leer á los niños, ya para ejercer su inexperta mano en la escritura en el revés del papiro ó pergamino, que nunca era utilizado por los copistas.

Algunas veces era todavia menos honroso el destino que se daba á tales obras, pues eran vendidas á los especieros, á los tratantes en pescado ó á los cocineros, los cuales las destinaban á envolver incienso, pimienta, aceitunas, atun de Marsella ó anchoas de Bizancio.

Los calígrafos adornaban las letras capitales, los capítulos, el principio y fin de las obras con hermosos arabescos, dibujos de aves y flores, realizándolos con oro y colores brillantes; muchas veces su trabajo era una muestra de grandísima paciencia; pues Plinio asegura que habia visto los veinte y cuatro libros de la Iliada de Homero copiados en una sola tira de pergamino que hubiera podido caber dentro de una nuez.

Los progresos de la religion cristiana dieron luego un nuevo impulso á la profesion de los copistas.

Era necesario combatir sin tregua con las armas de la inteligencia y propagar las nuevas ideas bajo todas las formas.

Los conventos multiplicaron los manuscritos á porfía.

En Constantinopla, las islas del mar Egeo, la Calabria, las inmediaciones de Nápoles, el monte Atos y los conventos del Asia Menor, se estaban copiando noche y dia, no solo tradiciones cristianas, sino tambien las obras maestras de la antigüedad.

Cuando cesó la lucha, fué difundiendo el gusto á la literatura y á los buenos manuscritos, y la transcripcion de los libros ocupó los mas nobles ocios.

Alfredo el Grande (848-900), despues de haber dado cincuenta batallas por tierra y por mar, tuvo aun tiempo para escribir y copiar infinitas obras, las fábulas de Esopo, las historias de Beda y Orosio y el libro de los Consuelos de la filosofía por Boecio.

Los príncipes y reyes procuraron alentar esta noble profesion, y los conventos, que eran á la sazón los focos mas activos de los conocimientos humanos, hicieron los mayores esfuerzos para reunir en su *scriptorium* los mas hábiles copistas.

En 853, san Lupo, abad de Ferrieres; envió dos de sus monges á Italia con el solo objeto de transcribir el tratado de Ciceron *De Oratore*, y algunos otros libros latinos, de los que no poseia mas que fragmentos.

En 1214 la abadía de Glastonbury poseia cuatrocientos volúmenes, entre los cuales se hallaban Tito Livio, Salustio, Virgilio y Claudiano; y esta era la biblioteca mas importante de Inglaterra.

Luis IX, á su vuelta de Egipto, hizo transcribir los mejores manuscritos de los monasterios de su reino, á fin de formar colecciones, que instaló en la Santa Capilla de palacio, poniéndolas á disposicion de los sabios.

En el siglo trece, habia en las universidades de Italia muchos gramáticos que se ocupaban exclusivamente en copiar libros.

A fines de aquel siglo, contábanse en Milán cincuenta copistas; Giovanni Boccacio, que era muy apasionado á los libros ó mas bien á los manuscritos (1313-1375), que sin cesar transcribia y volvia á transcribir, hizo una copia de la *Divina Comedia* que ofreció en regalo al Petrarca, á la sazón refugiado en Milán, dándole sucesivamente un Tito Livio, varios tratados de Ciceron y algu-

nas obras de san Agustin, todas escritas de su mano.

Ya en esta época comenzaban á extenderse los manuscritos; Pedro de Blois habla de un libro de derecho que le habia proporcionado *quidam magno librorum*; sin embargo las obras de algun mérito eran traspasadas de unos á otros al modo de los bienes raices.

En 1332, Gerardo de Montagu, abogado del rey (fiscal) en el parlamento de Paris, compró ante escribano un libro intitulado *Speculum historiale in consuetudines parisienses*; y los conventos tenian el mismo cuidado de registrar los títulos de las obras de que llegaban á ser dueños, del mismo modo que si se hubiese tratado de una heredad ó de una casa.

El maestro del Petrarca, al fin de sus dias, se vió precisado á empeñar dos pequeños volúmenes de Ciceron para pagar sus deudas; finalmente, el obispo de Vence legó á los canónigos de San Victor de Marsella toda su biblioteca, á excepcion de un breviario, cuyo importe debia destinarse á la adquisicion de buenas tierras. Todos estos hechos prueban que en la edad media los libros eran tenidos en mucho aprecio, siendo accesibles tan solo á un corto número de personas.

Pero no se crea que únicamente en la cristiandad se tenia amor á la ciencia, pues tambien los musulmanes victoriosos, á quienes se ha echado en cara tanta ignorancia y barbarie, hacian los mas laudables esfuerzos por conservar ó adquirir considerables depósitos de libros.

En Egipto, Mauritania, España, Siria, Bockhara, Samareanda, y en todas las comarcas sometidas al alcoran, príncipes rivales ó vasallos de los califas formaban bibliotecas á porfía. El Hakem II, por sobre nombre.

El-Moskanser, califa de Córdoba, mantenía en Africa, Egipto y Persia, agentes encargados de comprar ó hacer copiar á toda costa los manuscritos mas preciosos. Su palacio estaba constantemente abierto á los sabios y literatos; habia reunido una biblioteca de 600,000 volúmenes, cuya mayor parte se hallaban enriquecidos con excelentes notas escritas de mano propia de aquel príncipe.

La biblioteca de los califas de Egipto en el Cairo ocupaba cuarenta salas, y se componia de mas de un millon de volúmenes, entre los cuales se hallaban un crecido número de preciosos autógrafos, notables por la belleza de la escritura y la riqueza de las encuadernaciones. Durante los desórdenes que señalaron una parte del reinado del califa Moskanser, hácia el año 1080, fué saqueada aquella biblioteca por las milicias turcas, que tomaban libros en pago de sus atrasos.

Un dia el mismo visir hizo llevar á su habitacion los que pudieron traer veinte y cinco camellos, en virtud de una autorizacion que por 500 dinares (200,000 reales) que se le estaban adeudando, le adjudicaba en libros el valor de 100,000 (4,000,000 reales).

Despues del robo de la casa de este ministro, los esclavos quitaron las cubiertas á una gran parte de aquellos libros á fin de hacerse calzado, y quemaron las hojas. Los demás fueron hechos pedazos, devorados por las llamas, arrojados al Nilo ó llevados á paises extranjeros, quedando los restantes hacinados junto á las murallas de la ciudad, donde sirvieron de base á varios montecillos que fueron formándose con la arena y tierra que no tardaron en reunir allí los vientos, y desde entonces se les llamó las *colinas de libros*. Finalmente, cuando los tártaros se apoderaron de Bagdad, en 1258, era tan considerable el depósito de los libros reunidos en diferentes bibliotecas de aquella ciudad, que queriendo los vencedores echarlos en el Tigris á fin de dispersarlos, se formó con ellos una calzada tan sólida, mas abajo de la ciudad, que por espacio de muchos dias pudieron transitar por ella, no solo los que iban á pié, sino tambien los montados.

Si dista mucho el Occidente de igualar la magnificencia de los Orientales en la produccion de los libros, no por esto puede decirse que trabajase con menos ardor en popularizar la ciencia. En Oxford, Cambridge y Londres, contábanse mas de seis mil escribientes ocupados de continuo en copiar; Paris y Orleans reunian diez mil; de todas partes acudian los amanuenses-libreros, hacíanse agregar á las universidades, y era grandísimo el despacho de sus obras, atendida la lentitud de los procedimientos. Una copia de la Biblia, ejecutada en cinco meses en la abadía de Moyon Moutier en la Lorena, fué considerada como un prodigio de trabajo.

Pero toda esta actividad de los escribientes no bastaba á satisfacer todas las necesidades; las controversias religiosas eran cada dia mas frecuentes, y se necesitaban armas proporcionadas al combate que se iba á empeñar. Los copistas, á fin de concluir mas pronto su tarea, habian adoptado una escritura tan cargada de ligaduras, tan erizada de abreviaciones, que los manuscritos iban haciéndose ilegibles.

Era pues necesario encontrar un medio de escribir mejor y mas pronto, era preciso que apareciese la tipografía, porque, segun Dugald Stewart, « la imprenta debe mas bien considerarse como el resultado de las causas generales de « que depende el progreso de la sociedad, que como el mero efecto de un feliz acaso. »

Como quiera, de 1436 á 1457, descubrióse la imprenta, y este suceso corresponde perfectamente á las necesidades de la época. Sábia y contemplativa al principio, se convierte despues en militante bajo la influencia de los sucesores de Gerónimo de Praga y de Juan Huss, los cuales, de progreso en progreso, no se detienen hasta Lutero.

Así católicos como protestantes le emplean alternativamente, ora para el ataque, ora para la defensa; es un arma nueva que todos quieren probar, y que en manos



VENECIA. — Estatua ecuestre de Colleone.

La estatua ecuestre de Colleone.

Venecia, la ciudad salida del seno de las aguas, no ha visto nunca mas que dos jinetes, el uno fué lord Byron, que se complacia en dar vueltas por la Piazzetta, y el otro es el grupo ecuestre que reproducimos aqui, de Colleone, el famoso general bergamano que tan bien sirvió á la república.

Desconfiando de la gratitud de la sombría aristocracia veneciana, Colleone tuvo la prudencia de legar una cantidad suficiente para cubrir el costo de su estatua, y esta obra de primer orden, tanto por su composición como por su ejecución y por su carácter, es debida al Verocchio, el maestro del Perugino y de Leonardo de Vinci. El gran estatuario ha dotado á Venecia de una creación que por la grandeza y el estilo puede rivalizar con lo mejor que en este género hay en Florencia, su patria.

Cuenta Vasari que cuando Verocchio concluyó el modelo de su magnífico caballo de batalla, supo que Villano de Padua le iba á quitar su encargo por influencia de algunos patricios, y tal fué su indignación, que rompió de noche á martillazos la cabeza y las patas del ca-

ballo. Entonces el Senado le mandó á decir que si volvía á presentarse en Venecia, le cortarían á él la cabeza, y entonces el artista salió del paso con un dicho agudo: contestó que se guardaría muy bien de exponerse á que cortaran una cabeza que sus señorías no sabrían colocar otra vez en su lugar, como haría él cuando quisiera con su caballo. El Senado se dignó reirse de la ocurrencia, y el estatuario perdonado se entregó de nuevo á su obra con un ardor... que le costó la vida.

Leopardo hizo la fundición de la estatua y del pedestal, tal como se ve en nuestro grabado.

P. P.

RECTIFICACION. — Los dibujos sobre el Creusot que hemos publicado en nuestro número 892, están tomados los unos de la publicación *le Tour du Monde*, de los señores L. Hachette y Compañía, editores de Paris, y los otros de la obra que aparece actualmente con el título: *les Grandes Usines*, de M. Turgan.

de todos retumba como el trueno y corta como la espada. Así es que el ir siguiendo el extraordinario vuelo que tomó la imprenta en el corto espacio de medio siglo, es una de las empresas mas útiles y curiosas á un tiempo.

Apenas Lorenzo Coster de Haarlem hubo ejecutado sus informes ensayos (1436), se apodera Faust de sus procedimientos y corre á Maguncia á ponerlos por obra y perfeccionarlos. El primer libro que publica en esta ciudad se titula *Alexandri Galli Doctrinale* (1442). Pero este no es todavía mas que un bosquejo, es preciso que Gutenberg y Schæffer lleguen á grabar matrices y á fundir caracteres movibles para que la invención sea completa y acabada. No tarda en verificarse este perfeccionamiento, y es su primer resultado el *Psalmorum Codex* (1457).

Por lo demás, los aficionados á la bibliografía podrán visitar con fruto la biblioteca de Maguncia, la cual posee una colección casi completa de los primeros monumentos del arte tipográfico, salidos la mayor parte de un pequeño edificio situado en la plaza de los Franciscanos de aquella ciudad, y llamado *Hof zum jüngea*; sí, allí fué donde empezaron los verdaderos trabajos de la imprenta, allí donde apareció aquel brillante meteoro que debia alumbrar al mundo entero.

(Se continuará.)